

Guerra de Partidas



Ligero estudio sobre organización de partidas
regulares y su manera de operar y combatir

POR

EDUARDO PÉREZ ORTIZ

CAPITÁN DE INFANTERÍA



LOGROÑO:

Imprenta, lib. y enenad. de EL RIOJANO.

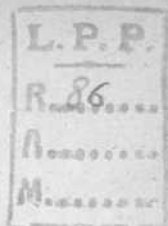
1900.



T. 192473

R
9428

X



X

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000356954

NO SE PRESTA

**LECTURA EN
SALA**

Guerra de Partidas



gero estudio sobre organización de partidas
regulares y su manera de operar y combatir

POR

EDUARDO PÉREZ ORTIZ

CAPITÁN DE INFANTERÍA



**Gobierno
de La Rioja**

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

R. 221.682

LOGROÑO:

Imprenta, lib. y encuad. de EL RIOJANO.

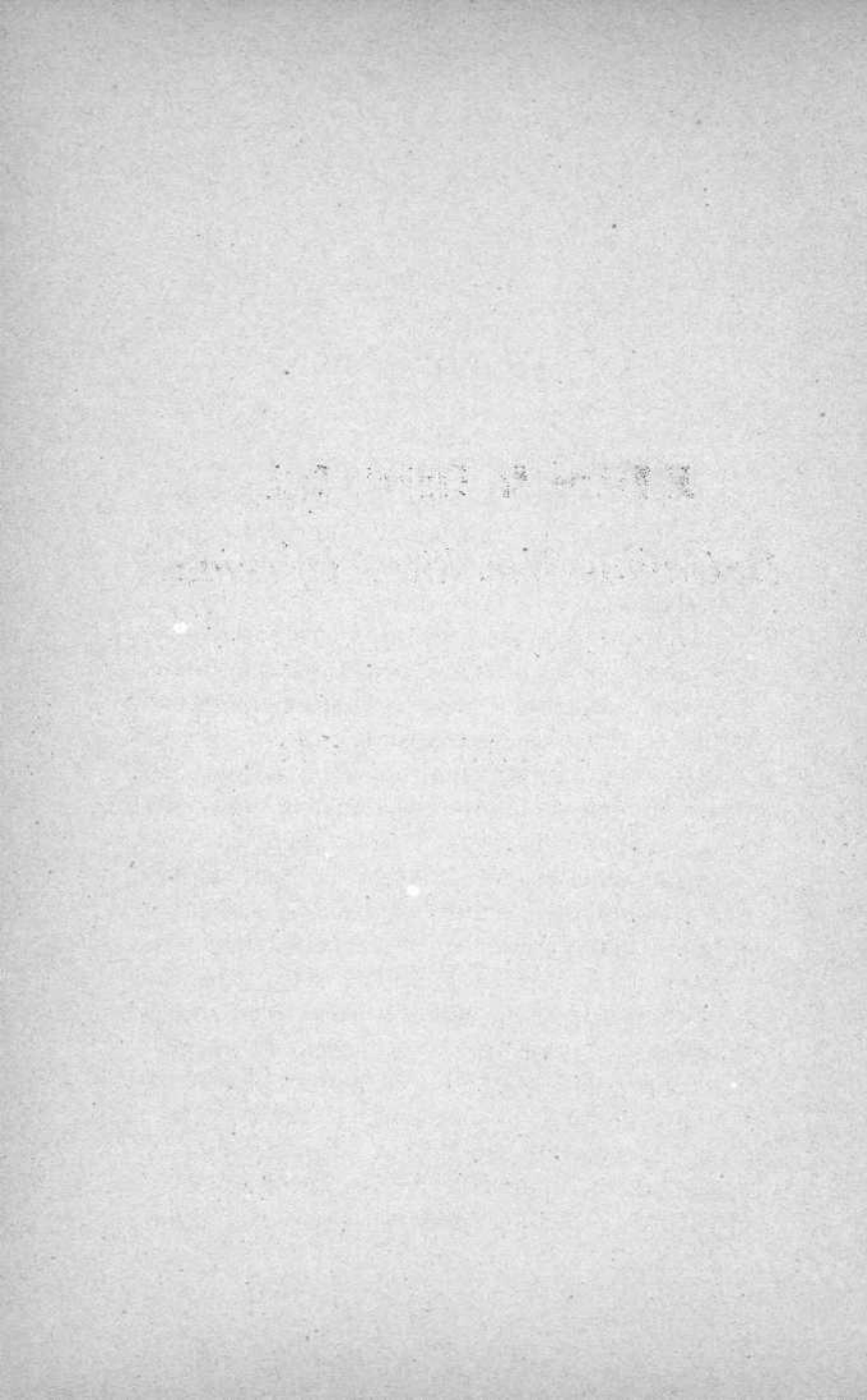
1900.

Al Excmo. Sr. Teniente Gral.

D. Carlos Nicoláu é Iglesias

como prueba de agradecimiento y profundo respeto

EL AUTOR



INTRODUCCIÓN

Siendo la guerra el último y más violento recurso de la política, de por sí tan compleja y acomodaticia, podrá surgir aquella mientras haya pasiones ó, lo que es lo mismo, mientras haya humanidad.

Ni el recurso de los arbitrajes, ni el tan decantado influjo de las alianzas podrá evitarla cuando el más poderoso se deja resueltamente llevar por miras ambiciosas y egoistas.

La política internacional no es en algunos Estados sino una constante provocación, un medio bajo y solapado de crear á otros conflictos y situaciones difíciles con el exclusivo objeto de mediar después con cualquier pretexto y satisfacer sus particulares miras, sin que las más elementales nociones de justicia guíen sus actos, pues llegado el caso extremo, no hay más derecho que el de la fuerza, ni otro medio de evitar la desigual lucha que transigir con las exigencias del fuerte con menoscabo de la dignidad nacional.

Siendo la guerra inevitable y presidiendo en ella la fuerza material, hay que reconocerlo, el débil llevará siempre la peor parte. Tal acaba

de sucedernos con los Estados Unidos, quienes, á ciencia y paciencia de ambos mundos, nos han arrebatado todas nuestras colonias, sin más pretexto que *su humanidad* y sin más derecho que su política de expansión.

Después de semejante violación de los derechos internacionales, después de tan injusta imposición consentida por Europa que, egoista, temía un desequilibrio si cualquier potencia nos hubiera apoyado, nada debe sorprendernos, y visto está que la fuerza será el único argumento al derecho aún en el siglo XX.

España, tras tanto desastre, ha quedado quebrantadísima, y su debilidad, su insignificancia se va acentuando cada día.

Acaso consideraciones de alta política ó su temido espíritu de independencia retarden por ahora una intervención extranjera, pero ésta puede sobrevenir más tarde, acaso pronto, si nuestras tradicionales luchas intestinas llegan á reproducirse ó si nuestros desaciertos políticos la provocan.

Y no hay que dejarse llevar de ilusiones hijas del mejor deseo: Llegada la ocasión, volveríamos á vernos abandonados de todos, y el ejército invasor, más numeroso y fuerte que el nuestro, hollaría nuestro suelo y, tarde ó temprano, derrotaría á nuestras tropas.

Las consecuencias que esto originaría, no son difíciles de prever. El qué interviene no lo hace graciosamente y, si nuestra nación lograba por

una segunda intervención, conservar su nombre, había de ser á costa de nuevas y dolorosas mutilaciones que desfigurasen para siempre sus fronteras.

Sin marina y sin más elementos de defensa que muchos planes y proyectos difíciles de llevar á cabo en corto espacio de tiempo por el enorme é inmediato gasto que suponen para un país desangrado, estamos hoy á merced del primer ambicioso que llegue.

En prevención de tales acontecimientos, no debemos olvidar la dura lección que hemos recibido, y mientras nuestra pobreza no nos permita adquirir nuevos recursos de defensa, aprovechemos y mejoremos los existentes constituidos por la especial configuración de nuestro suelo y el levantado espíritu de independencia de sus habitantes, y así como el débil busca en un arma un recurso que compense sus escasas fuerzas, busquemos al igual nosotros en nuestro accidentado país y en el peculiar carácter de sus hijos un nuevo elemento de defensa que revele nuestro firme propósito de no permitir ingerencias extrañas y de defendernos como sabemos hacerlo. Organicemos partidas regulares.

CAPÍTULO I

MISIÓN Y CONVENIENCIA DE LAS PARTIDAS

Objeto político de la guerra de partidas y ventajas de esta.—Bajo el punto de vista militar, la guerra tiene un solo objeto: la destrucción del adversario. Quebrantado en su poder material, el enemigo se vé así precisado á ceder á la voluntad política del vencedor, renunciando á proseguir la lucha por falta de elementos materiales para continuarla.

La idea primordial, pues, en toda operación de guerra ha de ser la de destruir al enemigo, y esto se consigue: por la victoria sobre el adversario y por la ocupación del país y fuentes de recurso del mismo.

Limitándonos á la guerra de partidas, que desde luego entraña una lucha defensiva por ser de única aplicación en país propio y muy conocido, ha de ser su objeto principal impedir á todo trance que el enemigo consiga su fin político, aun después de haber alcanzado la ocupación militar del país y destruido su ejército.

Mientras haya partidas organizadas hay apoyo del espíritu de independencia; hay focos de rebelión contra el invasor; hay lucha por la patria, y la guerra, lejos de terminar, permanece estacionaria para aparecer de improviso más encendida aquí, más sostenida allá.

El enemigo ha de mantener una campaña interminable en que agote cuantiosos recursos, en la que jamás adelantará un paso y de la que al fin ha de desistir penetrado de la inutilidad de sus esfuerzos ante un país que pretende á toda costa ser independiente.

Indudablemente resulta de estas consideraciones la gran importancia que en nuestro país, propio para ella por su topografía y carácter de sus habitantes, tiene esta clase de guerra, y la inmensa ventaja de su empleo que dá al traste con el mejor combinado plan militar. Cada región, cada provincia será con su auxilio una zona de resistencia, un centro de recursos, un objetivo de importancia para el enemigo que nunca verá resueltas satisfactoriamente sus mejores ideadas combinaciones militares.

Dentro de lo posible cabe que una potencia poderosa invada nuestro suelo, derrote nuestro ejército y se apoderen de todas nuestras plazas; pero de esto á que nos domine, á que consiga sus deseos políticos dejando España de figurar como estado independiente, hay un abismo. Buen ejemplo de ello tenemos en la guerra de 1803.

Aun cuando los desastres de Napoleón en Rusia y la legión inglesa contribuyeron no poco á la reconquista, es indudable que conseguir nuestra independencia hubiera sido mucho más difícil sin el eficaz auxilio del espíritu regionalista que creando y organizando elementos de resistencia formados moral y materialmente por

numerosas partidas, hicieron imposibles al enemigo la dominación del territorio.

Vienen sumadas también en la guerra de partidas las ventajas que en el combate presentan la ofensiva y defensiva, sin casi ninguno de sus inconvenientes, circunstancia debida al carácter especial que ha de tener, pues como defensiva ofrece el apoyo de la población y el conocimiento más exacto y mejor utilización de sus zonas de operaciones y posiciones en las mismas, y como ofensiva tiene el entusiasmo que despierta toda empresa patriótica y arrojada, libre elección de tiempo y lugar en sus operaciones por no tener que subordinarlas á las grandes del enemigo, y ultimamente, posibilidad de sorprender y engañar al contrario.

Las muchas partidas por otra parte, debilitan su ejército, que se ve obligado á dividir y destacar numerosas fuerzas que han de perseguirlas y defender de sus ataques las líneas de comunicaciones, verdaderas arterias de la guerra, y sobre las cuales aquellas han de estar en constante amenaza y acecho para destruirlas, entorpeciendo así sobremanera la campaña.

Misión de las partidas. -- Esta ha de ser desde luego la de estorbar el mayor número posible de operaciones y proyectos militares que ponga el enemigo en ejecución, con la cual conseguirán dificultar el objeto de la guerra.

Para esto es necesario que las partidas operen siempre en terreno ocupado por el enemigo,

pues para él han de ser constantemente el parásito incómodo que de continuo le moleste.

Establecida una partida en zona favorable, y sin empeñar sostenido ni comprometido combate, amenaza á todas horas destruir sus líneas de comunicaciones, sorprende convoyes, prepara emboscadas, descarrila y ataca trenes, ataca y sorprende pequeños destacamentos, molesta noche y día á las columnas, produce falsas alarmas y siembra el desaliento y el recelo en las fuerzas enemigas.

Aparte de esta misión puede prestar una partida importantes servicios de reconocimientos, espionaje, transmisión de partes, etc.

Necesidad de que operen con entera independencia.

—La misión especial de las partidas, su zona de operaciones y ocasiones de tiempo y lugar en que operan no permiten otra dirección ni mando que la del jefe de la misma.

Las soluciones del momento, consecuentes á tal ó cual situación ó disposición del enemigo no pueden llevarse á cabo con arreglo á órdenes y planes de quien no está sobre el terreno, máxime cuando la oportunidad y conocimiento exacto de la situación han de ser los dos factores más importantes en la clase de empresas que la partida lleve á cabo

A gran distancia hoy del lugar que ayer ocupaban, desapareciendo como el humo de un sitio para mostrarse súbitamente en otro, é interesando al éxito de las empresas el mayor sigilo, no

es fácil ni prudente sostener correspondencia constante con nadie, ni mucho menos recibir órdenes, tanto más cuanto que las partidas harán seguramente sus correrías á retaguardia de las bases secundarias de operaciones que establezca el enemigo. Razones todas que obligan á operar con entera independencia.

Sin embargo, en contadas ocasiones muy especiales pudieran obrar en inteligencia con otras fuerzas enemigas, pero siempre conservando su carácter peculiar de operar.

En todo caso, siempre que sea posible, mantendrán comunicaciones secretas entre ellas y el resto del ejército.

Circunstancias que favorecen las operaciones.—

Es indudable que siendo el modo especial de operar y combatir lo que caracteriza á las partidas, éstas encontrarán ancho campo para sus proezas en terrenos propios accidentados, desfavorables á los movimientos de grandes masas é idóneos para las sorpresas, en los que, al par que burlen la persecución, hallen excelentes posiciones defensivas y puntos de seguro refugio en ocasiones.

Bajo estas consideraciones, las grandes cordilleras y montañas con sus obligados desfiladeros y hondos y angostos valles, los grandes bosques y terrenos pantanosos son las zonas predilectas al guerrillero.

La facilidad de obtener recursos en viveres y municiones y la falta de vías de rápida comunicación, dificultando los movimientos del enemi-

go son también circunstancias que favorecen sus empresas.

De lo expuesto se deduce que las condiciones y ocasión de una guerra defensiva nacional en un país accidentado dan el caso más favorable para esta clase de operaciones.

España, por sus accidentes topográficos, por el carácter sóbrio y valeroso de sus habitantes y por su tradicional espíritu de independencia es límite ideal de condiciones apropiadas para esta guerra.

Necesidad de reglas que sirvan de base para su mejor acierto.—El que no puedan establecerse leyes ni reglas fijas para todos los casos particulares de la guerra no quiere decir que todo se deje al ingenio y á la suerte. Lejos de ello, la guerra de partidas se ayuda mucho de los recursos de la ciencia y por esta razón algo ha de preverse, y, si nó fórmulas que resuelvan los diferentes casos y situaciones, si puede darse una norma de conducta basada en principios tácticos, científicos y de orden político hijos de la observación y de la experiencia, que, combinada con los recursos que la instrucción general y el ingenio del jefe aporten, dé en cada caso una solución acertada.

Pudiera argüirse en contra de esto recordando que las numerosas partidas levantadas contra los franceses á principios de este siglo estaban en su generalidad mandadas por jefes de escasa instrucción y, sin embargo, llenaron cumplidamente

su cometido; pero de entonces acá ha trascurrido un siglo; las armas y el arte de la guerra han sufrido grandes cambios, y en España se han abierto numerosas comunicaciones.

Error imperdonable sería el creer que partidas improvisadas, mandadas por cualquiera, habrían de sacar el mismo partido que otras ya organizadas, con personal idóneo y oficiales instruidos de antemano en esta clase de guerra. Por otra parte, es indiscutible que los conocimientos de cierta clase, tan necesarios en estas empresas, no se adquieren sino con la práctica y el estudio.

Conocimientos indispensables al jefe de partida.—

De todo lo anteriormente expuesto se deducen las condiciones especiales indispensables á todo jefe de partida.

Para operar con acierto en una zona determinada se ha de conocer esta palmo á palmo con todos sus accidentes, con la cual el jefe podrá aprovechar éstos, bien bajo el punto de vista táctico ó extratéxico, bien considerados bajo el concepto de fuentes de aprovisionamiento.

Otro conocimiento indispensable es el de la táctica aplicada en lo relacionado á marchas, servicios de seguridad y exploración y estudio general del combate y muy especialmente del de localidades, descollando sobre todo en lo concerniente á las operaciones propias de tales fuerzas, que por su especial misión, han de preparar emboscadas y sorpresas, atacar convoyes, destruir vías de comunicaciones, puentes y vados,

interceptar telegramas, practicar reconocimientos, emitir informe sobre fuerzas enemigas y redactar proclamas levantando el espíritu de la población. En suma ha de poseer una sólida instrucción general que le permita sacar partido de cualquier situación. La historia militar con sus lecciones ha de abrirle también ancho horizonte.

Carácter del jefe y conducta que debe observar.—

Aparte de las condiciones físicas indispensables para soportar las rudas fatigas y penalidades propias de tal clase de guerra, el jefe de una partida necesita poseer en alto grado dotes especiales que, unidos á la fuerza moral que da el mando acertado, le eleven ante los ojos de sus partidarios y ante el país entero á la categoría de hombre irremplazable, de verdadero genio militar.

Nadie como él necesita mayor grandeza de alma para soportar la inmensa responsabilidad de sus actos. Por precisión ha de familiarizarse con la miseria, el hambre, el amargo llanto, la desesperación y el martirio, y ha de tocar muy de cerca la hipocresía, el miedo y la traición, para todo lo cual se necesita una fuerza de voluntad inquebrantable ante las más críticas situaciones, y una perseverancia y energía dignas de un fanático que todo lo sacrifica por su patria.

Ni la mayor dicha ó éxito inesperado, ni la más grande decepción, han de causar en su ánimo impresión duradera ni aparente que pueda influir en la fuerza que mande.

Siempre justo, inflexible unas veces, blando otras, enérgico ante lo malo y bondadoso con el débil, necesita un gran sentido práctico que le permita distinguir con quién ha de habérselas y lo que en todo caso ha de conseguir.

La astucia, el miedo, la ignorancia y aun la traición de algunos de sus compatriotas han de ser sus mayores males y enemigos, á los que ha de combatir con su prudencia, el animoso ejemplo y entusiasmo de su tropa, la persuasión y el ejemplar castigo.

Cuantos sacrificios exija á su tropa y al país, ha de pedirlos por el sagrado y querido nombre de España, y por la honra de la región en que opere, sin temor de que á esta invocación deje nunca de conseguir con creces su objeto.

De espíritu emprendedor, audaz á veces hasta la temeridad, prudentísimo otras, el jefe de partida hallará un vasto campo de gloria en una guerra nacional.

Zonas en que debe operar.—Atendidas las escasas fuerzas que han de componer una partida para poder responder á su misión y á la conveniencia ya indicada de que esta opere en terreno ocupado por el enemigo, desde luego se comprende que es necesario se mueva en zonas accidentadas que la permitan burlar su persecución.

Si á los muchos accidentes topográficos reúnen estas zonas la condición de ser puntos obligados de comunicaciones, si no están en exceso cruzadas por buenas vías transversales y si á esto

juntan la circunstancia de haber en ellas abundantes medios de subsistencia, nos proporcionarán los lugares más adecuados á empresas de guerrillas.

El enemigo que en zonas de esta naturaleza ha de guardar una línea de comunicaciones, necesita cubrirla literalmente de fuerzas, y sin embargo le será punto menos que imposible evitar las mil contrariedades y serios disgustos que la partida ha de originarle.

Por su insignificante fuerza numérica, su movilidad y conocimiento del terreno ha de ser muy difícil hallarla y batirla, y su persecución será siempre una operación penosísima y de escasos resultados, antes bien distraerá y quebrantará al enemigo.

Fuera de estas zonas jamás ha de operar una partida. Podrá darse el caso de que, por cualquier circunstancia imprevista, bien sea para aprovisionamiento ó por otra razón, tenga que trasladarse á distancia fuera de su acción ordinaria, cruzando terrenos descubiertos, pero aquí ha de limitarse estrictamente á su objeto, sin llevar á cabo empresa alguna que denuncie su presencia y ruta, la que siempre seguirá por los terrenos más escabrosos y desiertos y, á ser posible, durante la noche. Terminada su misión, ó una vez desaparecidas las causas que motivaron su ausencia, regresará del mismo modo á su habitual comarca.

CAPITULO II

ORGANIZACIÓN DE LAS PARTIDAS

Conveniencia de su organización permanente.—

La conveniencia de que existan en nuestro país partidas organizadas permanentes, es indiscutible si se tiene en cuenta su importancia y la clase de operaciones y empresas que han de llevar á cabo.

Si oportunamente se desea sacar el mayor partido de ellas, habrá de contarse con jefes y subalternos conocedores del terreno y prácticos en las exigencias de tales unidades, habituados de antemano á saber lo que de ellas puede esperarse; y estos oficiales no se hacen sin una larga práctica sobre el terreno y con las mismas tropas con que en su día pudieran operar.

Por otra parte, el soldado mismo ha de estar acostumbrado al género de vida del guerrillero. Este, que, como más adelante veremos ha de reunir condiciones especiales de robustez, necesita también larga preparación de sus facultades y una sólida instrucción.

En su accidentada vida de campaña ha de ponerse á prueba con frecuencia su valor, su astucia, su resistencia, su disciplina, su sobriedad, su honradez, su patriotismo y todas sus cualidades físicas y morales, por cuya razón bueno es que de antemano se conozcan y perfeccionen

todas por aquél mismo que, llegado el caso, ha de aprovecharlas, sacando de cada hombre el mejor partido.

Nada más parecido ni propenso al bandidaje que una partida formada por gente voluntaria, desconocida, sin principios de disciplina militar y organizada de mala manera, á la que se afilian aventureros que poco ó nada tienen que perder y que, como vulgarmente se dice, constituyen lo peor de cada casa, y esto precisamente hay que evitar.

Reconocida la indiscutible utilidad, necesidad si bien se mira, de las partidas, hay pues que organizarlas de antemano si se quisiera sacar de ellas el partido que prometen y evitar que degeneren en cuadrillas.

Formadas en tiempo de paz, dentro de cada zona, con gente del país que en dicha unidad reciban esmerada y peculiar instrucción por reemplazos, tendríamos en el día de una invasión un fuerte y nuevo elemento de defensa.

Su instrucción en tiempo de paz.—La preparación de las partidas para la guerra, ha de ser objeto de la más detenida y completa instrucción.

Aparte de la ordinaria que las compañías reciben, deben practicar durante determinadas épocas y en las zonas ya prefijadas el servicio especial que han de desempeñar, á cuyo objeto, establecidas en guarniciones próximas ó enclavadas en dicha zona, saldrán á maniobras con

los elementos y recursos propios de tales unidades, llevando un diario de cuantas operaciones ejecuten, y haciendo al terminar, una memoria de la expedición, por la cual, y con ayuda de los resultados y datos de toda clase recogidos, podría juzgarse de la aptitud del jefe y adelantos de la tropa, obviándose las dificultades que pudieran sobrevenir durante una campaña, con el estudio de la práctica en el mismo terreno.

Podrían apreciarse las dotes de mando y disposición del jefe, combinando las prácticas de su partida con las maniobras llevadas á efecto en su zona por las tropas de aquella región, ante las cuales y en sus líneas de comunicaciones pudieran muy bien ensayarse muchas de las empresas que en su día pudiera llevar á cabo, empleando cartuchos de fogueo y señalando con piquetes y escritos firmados los puntos sorprendidos y destruidos; recogiendo y remitiendo informes sobre reconocimientos; practicando servicios de espionaje; haciendo estallar inofensivos torpedos en ocasiones, etc.

Especial atención ha de ponerse en estas prácticas en la cuestión de racionamiento ó manera de vivir en despoblado, sin contar con más recursos de subsistencias que los que el jefe se proporcione, á cuyo fin la autoridad militar de la región en que operen las partidas, podrá tomar las medidas necesarias para que la propiedad no sufra daño alguno que no sea reparado.

La instrucción individual es de capital impor-

tancia. En ningún caso obra el soldado con mayor iniciativa que en estas unidades. De su buen sentido dependerá en muchas ocasiones el éxito de una operación; su habilidad y discernimiento acertado servirán siempre de mucho.

El guerrillero ha de estar práctico en cuantas empresas pueda, como luego veremos, llevar á cabo la partida, y además ha de ser por todos conceptos un excelente soldado, ya inmejorable como explorador, como tirador y como disciplinado en el fuego.

Número de guerrillas y lugar en que pudieran establecerse.—Los accidentes del terreno y las líneas de operaciones que pudiera seguir un invasor, convertidas después en líneas de comunicaciones, nos marcarían al empezar la campaña el lugar en que las partidas jugarían su papel.

Sin embargo, en previsión de que sea este ó el otro Estado, y, como, según quien la intente, puede la invasión efectuarse por los Pirineos, por la frontera portuguesa, por las costas occidentales de Galicia, por las de levante ó por las del mediodía, si en tiempo de paz hemos de dar á las partidas la preparación conveniente, necesario será que, á manera de red protectora, se establezcan, ya que nuestras cordilleras lo permiten, en aquellos macizos montañosos por entre los cuales tuviese necesidad de cruzar el enemigo con frecuencia para traer elementos de guerra desde su primera base de operaciones y retirar su impedimenta hasta la misma.

Teniendo en cuenta estas consideraciones y el servicio, que, no ya en las líneas de comunicaciones sino en las de operaciones mismas del contrario, pueden prestar, sería conveniente establecerlas en las siguientes zonas.

AL NORTE

En el puerto de Pajares.	1	
En los montes de Reinos.	1	
En los de Arlabán.	1	
Sierra Unión y montes Obarenes.	2	
Puerto de Ibañeta.	1	10
Canfrán.	1	
Seo de Urgel.	1	
Ripoll.	1	
Coll de Belitre.	1	

AL ESTE

En el Maestrazgo.	1	
Sierra Grosa.	1	2

AL MEDIODÍA

Sierra de Baza.	1	
Sierra Nevada.	1	
Sierra Morena.	1	4
Sierra Hornacho.	1	

AL OESTE

Sierra Guadalupe.	1	
Sierra Bejar.	1	
Sierra Segundera.	1	4
Sierra Anares.	1	

TOTAL. 20

Reclutamiento.—Llamadas á desempeñar tan importante cometido, el ensayo y creación de estas unidades de combate no supone sin embargo radical innovación ni otro gasto que aquel extraordinario, aunque exíguo de la época de prácticas.

Anualmente podrían destinarse á las mismas soldados de cada reemplazo que reunieran condiciones, licenciándolos con algún abono de tiempo al cumplir, con lo cual recibirían instrucción más de los necesarios para cubrir las bajas que en campaña ocurriesen, verificándose esto siempre dentro de cada región militar, con el fin de no mandar á una zona de operaciones á individuos que no fuesen instruidos y prácticos en la misma.

Clase de soldados y fuerza que deben componerlas.—Como ya se ha dicho, el soldado ha de ser inmejorable por todos conceptos.

En muchas ocasiones se verá obligado á conducirse con arreglo á su criterio, sin poder tomar consejo de nadie, y de aquí la conveniencia de que sea dispuesto y astuto. El valor, el ánimo emprendedor y resuelto, presto siempre á nuevos esfuerzos y combates, y la resistencia física son condiciones indispensables al guerrillero, á las que ha de reanir la mejor instrucción en el fuego y un conocimiento exacto del terreno en que opere.

Deben pues formarse las partidas con gente de estas condiciones, buenos tiradores y que por sus ocupaciones antes de servir en el ejército

sean conocedores de la comarca y estén probados en marchas.

Respecto á la clase de arma más apropiada para componer la partida, bastará para determinarla tener presente, que siendo la infantería la única capaz de moverse y combatir en toda clase de terrenos practicables al hombre, por ser precisamente estos cuanto más accidentados más favorables á su acción, ninguna mejor que ella.

Aparte de esto reúne la infantería las ventajas de ser apta igualmente para el combate próximo como para el lejano, para combatir en orden cerrado y en disperso, igualmente hábil en el ataque que en la defensa. Es además la menos costosa, la más fácil de organizar, instruir y reemplazar, la más fácil de equipar y la más fácil también de mantener en campaña; circunstancias todas que recomiendan y casi preconizan su empleo en esta clase de guerra.

La infantería tiene por otra parte la ventaja de ser la única utilizable para sorpresas y emboscadas nocturnas.

Sin embargo, como el servicio de exploración y seguridad en marcha y reposo y el relacionado con determinadas operaciones exige en muchos casos que la partida se acompañe de buenos exploradores montados, es conveniente dotar á la misma de algunos hábiles ginetes.

Organizada así la partida, ella sola se bastará para todo, y esta combinación de la infantería

con un corto número de caballos, será indudablemente la que mejor responda á su misión.

Número de plazas.—Puede ser variable la fuerza numérica de una partida, pero la experiencia demuestra que las compuestas de cien á doscientos hombres son preferibles á las formadas de mayor número.

Con un reducido contingente se encuentra más facilidad para sus rápidos movimientos y para su ocultación en ocasiones. El corto número tiene también la ventaja de dificultar menos su aprovisionamiento y la de dejar escaso rastro en caso de persecución.

Como esta reducción ha de estar limitada por la circunstancia de tener fuerzas suficientes para llenar su cometido en defensa de posiciones, emboscadas, sorpresas, ataque de trenes, y otras operaciones en que se necesitan regular número de combatientes, parece en su vista prudencial elegir un término medio, más bien corto que otra cosa, teniendo en cuenta la excelente calidad de sus soldados.

Cien infantes y veinticinco ginetes convendrían bajo todos estos puntos de vista para formar una partida, siendo este número más que suficiente para realizar empresas cuyo éxito ejerza en ocasiones funesta influencia en la marcha de las operaciones del enemigo.

Armamento, equipo y vestuario.—Respecto al armamento, como ha de obedecer á la clase de combate, casi siempre muy próximo, que ha de sos-

tener la partida, y esta ha de estar muy disciplinada en el fuego, un fusil de repetición, preciso y ligero, aun cuando no sea de gran alcance, es el más conveniente.

La misma tercerola Maüser es excelente, dotándola para el combate al arma blanca de un largo cuchillo, que, manejado á mano y convenientemente afilado, pueda hacer el servicio de un machete.

La caballería puede llevar, además de la tercerola, un sable de ancha y afilada hoja con vaina de cuero.

El equipo del hombre y el caballo deben ser tan ligeros como sea posible, no llevándose más que lo indispensable, las municiones y las raciones de reserva y una cura antiséptica.

Su vestuario ha de obedecer al clima de la zona en que operen, á la holgura y desembarazo en las marchas y al concepto de visualidad como blanco, por cuyas razones debe en él la estética sacrificarse á la utilidad.

Efectos y útiles que debe llevar la partida. — Para las múltiples y variadas empresas de destrucción así como para la organización defensiva de posiciones, necesita ir provista una partida de algunos útiles y efectos indispensables de los cuales no siempre es fácil hacerse sobre el terreno, tales son: Pólvoras, dinamitas de 1.^a, cartuchos-cebos con gran cantidad de fulminato, espoletas químicas y fulminantes, estopines, salchichas Bickford y Larivière, un explosor Breguet, con-

ductores de cable único, horquillas de hierro para su sujeción, tiras de guta-percha, petróleo, barchas, picos, palas y barrenos de mango postizo, tijeras de cortar alambre, alicates, serruchos, martillos, cinceles, palanquetas, cuerdas embreadas y alambre de atar, tacos de madero, lija y algunos otros de poco volumen y reconocida utilidad.

Atendida la conveniencia de disminuir en lo posible toda impedimenta, estos ha de llevarlos el mismo soldado, sin que ello implique la idea de cargarlo constantemente con algunos, por no ser en pleades sino en ocasiones determinadas, hasta las cuales pueden tenerse ocultos en varios lugares y convenientemente distribuidos en prevención de que alguno de estos depósitos pudiera ser descubierto.

Tal sucede con las pólvoras y dinamita que no siempre se llevarán en gran cantidad, y lo mismo ha de decirse del petróleo y algunas pesadas herramientas de las que no siempre ha de hacerse uso.

Municionamiento. El municionamiento de una partida en operaciones ha de verificarse con menos facilidad que el de una fuerza cualquiera por la circunstancia especial de efectuarse estas en país ocupado por el enemigo y en el que no existen parques ó repuestos propios.

Las municiones que lleve cada soldado, no obstante la conveniencia de no ser muchas por lo que dificultan la soltura y desembarazo favorable siempre al guerrillero, bastarán seguramente á la partida para cualquier empresa por la rapi-

déz y decisión características en sus ataques que nunca han de exigir un combate sostenido.

Sin embargo, agotadas ó mermadas en extremo estas, habrá precisión de reponer las consumidas, y de aquí vendrá la necesidad de establecer al comenzar la guerra y en lugares ocultos y apropiados, situados convenientemente, pequeños repuestos enterrados que aseguren un rápido y oportuno municionamiento.

La situación de estos ha de ser un secreto aun para la generalidad de la partida, y jamás deben darse á conocer á gente extraña á la misma.

Racionamiento y alimentación. - El mayor y más grave inconveniente para el sostenimiento de una partida es la dificultad de racionarla.

Sin pretender sujetar al guerrillero á un regular y metódico orden en la alimentación, ni aun siquiera al que se sigue con el soldado en constantes operaciones, es en ocasiones un complicado problema el proporcionarle una mala comida, y aún cuando éste ha de ser sóbrio y ha de sufrir frecuentes privaciones, su sostenimiento no puede confiarse á lo que buenamente se encuentre.

La cuestión de subsistencias ha de preverse siempre y es de tal importancia que bien merece que, aparte del jefe de la partida, se ocupe de ella un oficial subalterno, si no en lo referente á su adquisición, al menos en lo que hace á su distribución por subzonas, en todas las cuales puede sostener relaciones con personas determinadas que á su vez las faciliten por mil astutos medios.

Pudieran establecerse al comenzar la campaña pequeños y numerosos depósitos de raciones, pero este sistema solo permite aprovechar muy pocas por la dificultad de su conservación y custodia.

De absoluta necesidad en ocasiones el buscarlas á toda costa, ha de evitarse hacer el terrible oficio de plaga devastadora tomando lo indispensable al sostenimiento del adicto campesino. La prudencia y tacto del jefe ha de servir aquí de mucho, teniendo presente que del malo se consigue más á veces por las promesas que por las amenazas.

La clase de raciones para hombres y caballos ha de ser adecuada á la jornada y sus necesidades, procurándose á ser posible aquellas que á sus condiciones nutritivas reúnan las de fácil conservación y poco volumen. Las conservas, embutidos y cecinas son muy necesarias en aquellas ocasiones en que el fuego ó el humo de los ranchos pudieran denunciar la presencia de la partida, ó en que una marcha rápida no permita sino cortos altos.

Servicio sanitario.— En comarcas invadidas por numeroso enemigo no ha de contarse con más terreno que el que se pisa, y esta circunstancia, unida á la gran movilidad de la partida, hará imposible que ella pueda atender á la cura diaria de heridos y enfermos ni deshacerse de tal impedimenta, dejándola en hospitales propios que seguramente no existirán.

Ante semejante y crítica complicación no que-

da otro recurso que encargar su curación á los campesinos de la comarca, confiándolos á su patriotismo y humanitarios sentimientos, á cuyo fin, una vez hecha una buena cura se transportarán sigilosamente á una granja, caserío, cabaña ó cualquier morada próxima en la que secretamente se atienda á su restablecimiento.

El reparo que alguno pudiera oponer á su instalación se vencerá con halagos ó amenazas, procurando convencer al pacífico de que el servicio humanitario que ha de prestar no envuelve peligro alguno, dado el noble proceder de la partida con los heridos enemigos, algunos de los cuales pueden también dejarse allí en ocasiones.

Con los heridos y enfermos, amigos ó nó, se dejarán instrucciones y el material de curación y medicamentos necesarios, informándose de su estado y del trato que reciben siempre que haya oportunidad, y estimulando con protección y recompensas á aquellos campesinos de mejor voluntad.

Afortunadamente no será lo corriente que la partida tenga muchas bajas, contribuyendo eficazmente á tal resultado las acertadas medidas y disposiciones del jefe, y no menos un buen servicio sanitario en personal y material.

El primero quedará bien cubierto con un médico 2.º y cuatro clases, buenos practicantes. Respecto al material, las bolsas de curación individuales y cuatro carteras de sanidad bien provistas, que se completarán siempre que haya oportunidad, bastarán.

CAPITULO III

MARCHAS Y ESTACIONAMIENTOS

Marchas. -- Una de las más importantes operaciones son las marchas. Ellas permiten estar oportunamente en tal ó cual lugar, desaparecer rápidamente de un término para de súbito atacar en otro al enemigo ó huir velozmente á otros parajes para evitar una persecución eficaz.

Una tropa acostumbrada á las marchas tiene indiscutible ventaja sobre otra que no lo esté, como las tiene el hombre fuerte y robusto sobre el débil y enfermo. Sus fatigas en campaña causan siempre más bajas que el enemigo, y de aquí la necesidad imperiosa de acostumbrar al guerrillero á toda clase de marchas en diferentes terrenos.

Con ellas se consigue además familiarizarse con los lugares y posiciones, observando y reteniendo mil detalles siempre aprovechables.

Las exigencias extratéticas ó tácticas de una marcha que no miran otra cosa que la persecución de un fin militar, no son siempre fáciles de conciliar con las condiciones naturales propias para la misma, y estas consideraciones han de ser objeto de estudio por parte del jefe.

Por la circunstancia de hallarse la partida en terreno ocupado por el enemigo, se verá general-

mente precisado á marchar siempre con grandes precauciones, y esto exigirá el nunca bien recomendado servicio de exploración y seguridad que ha de permitirle atacar oportunamente ó rehuir el combate.

Diferentes clases de marchas.— Con relación á la forma y velocidad de las mismas pueden estas ser: *ordinarias, aceleradas, forzadas y artificialmente aceleradas.*

Para la infantería son marchas ordinarias aquellas en que se recorren 28 kilómetros al día. Son las menos fatigosas y, si el terreno y el tiempo las favorecen, dejan de serlo en absoluto al tercero ó cuarto día, máxime si se cuidan los pies y se dispone de calzado conveniente.

Pueden emplearlas las partidas cuando, sin ser perseguidas ni urgirlas acelerarlas, se trasladen de un punto á otro por terrenos poco frecuentados por el enemigo.

Las aceleradas tienen alguna velocidad más que las ordinarias, 35 kilómetros, y pueden emplearse para cruzar cortos terrenos descubiertos y perseguir y molestar á una columna enemiga que lleve impedimenta.

Llámanse marchas forzadas á aquellas en que todo se supedita á la idea de recorrer gran número de kilómetros en determinada dirección. No se suspenden si no el tiempo necesario para que coma la tropa y los caballos y duerma la fuerza un par de horas.

A la infantería, núcleo principal de la partida,

jamás debe exigirse en estas marchas mayor velocidad de 50 kilómetros, y aun así inmediatamente después de ella no se encuentra por lo regular la tropa en estado de combatir, máxime teniendo en cuenta la mala clase de caminos, á veces veredas, que de ordinario ha de seguir.

De única aplicación para estas fuerzas en la huida y en terrenos poco accidentados, se emplearán raramente.

Menos frecuentes aún son las marchas artificialmente aceleradas, en las que se transporta á la tropa en trenes, carros, barcas ó sobre ganado.

Todas estas velocidades tipos, varían para cada terreno, camino y estado del tiempo.

Respecto á la dirección en las marchas que ejecuten las partidas, no hay que hacer distinción alguna: De frente, en retirada y de flanco, siempre son las mismas para ella y siempre han de exigir el mismo cuidado.

Las marchas de noche, poco convenientes á las grandes columnas por lo que fatigan y el desorden, indisciplina y errores de dirección á que son propensas, son de excelente aplicación á las guerrillas, pues, sin ninguno de los inconvenientes citados por su especial organización y conocimiento exacto del terreno, han de permitirles trasladarse á puntos determinados, cruzando, sin ser vistas ni sentidas, zonas ocupadas por numerosas fuerzas enemigas, cuando no acercarse á frecuentadas vías de comunicaciones, intentar

un golpe de mano y regresar inmediatamente al punto de partida antes del amanecer.

Circunstancias que las favorecen. Concretándonos á la clase de marchas que puede llevar á cabo una partida y aparte de la naturaleza del terreno y clase de camino, hay circunstancias que las modifican perjudicándolas ó favoreciéndolas en su duración y comodidad. El calor, la lluvia excesiva, la nieve y el viento fuerte, de frente molestan mucho en ellas y las retrasan considerablemente.

Se favorecen con la metódica preparación del soldado. Limpios los piés, con calzado apropiado y al que esté acostumbrado el hombre; bien distribuido y empacado el equipaje y las municiones, descansado, con la fresca, y después de tomar un bocado, se va siempre bien, máxime si se tiene el hábito de las marchas que dá otros pequeños pero excelentes consejos muy conocidos del que tiene la costumbre de viajar á pié.

Las favorecen, por último, los altos ó descansos oportunos.

Servicio de seguridad en las mismas.—Casi toda la caballería de la partida se ha de destinar á este importantísimo servicio. A excepción de tres ó cuatro ginetes para el servicio de ordenanzas ó avisos, ha de distribuirse al frente, flancos y retaguardia, según la clase de marcha y situación ó probable encuentro del enemigo.

Distribuída en parejas, forma la extrema vanguardia y, si el terreno lo permite, hace el oficio

más completo de indagación en un sector de algunos centenares de metros.

Esta exploración ha de ser lo más minuciosa y circumspecta, sobre todo á la inmediación de las granjas, caseríos, cercados, bosques, barrancos, etc., y cuando se presuma próximo el enemigo. Su misión especial no es combatir, sino ver.

A los flaneos procurará marchar, como todo fianqueo, en dirección paralela á la columna y adelantada á ésta. En raros casos será necesario emplearla como tal, concretándose siempre exclusivamente á reconocer el terreno.

En cambio la fuerza de retaguardia puede en algunas ocasiones verse obligada á combatir si la partida es acosada de cerca, en cuyo caso se refuerza con casi toda la caballería, y ésta sostiene en posiciones el fuego á pié ó á caballo hasta que el jefe de ella estime la partida á salvo ó lo sepa por medio de señales convenidas, en cuyo momento se dispersa ó retira rápidamente incorporándose al núcleo de la fuerza.

En terrenos muy accidentados, bastará á explorar la infantería de la vanguardia constituida siempre por veinte ó veinticinco hombres, y la caballería marchará siempre á retaguardia, y si este fuese tan quebrado que, en determinado trayecto del camino, no permitiese el paso á los caballos, se adelantará la infantería y, reconocido ya el terreno, salvará aquella el obstáculo por el paso más inmediato.

Cuando se tema una emboscada podrá meterse

flanqueo de infantería en los puntos peligrosos, esperar aviso y cruzarlas después rápidamente.

En las marchas de noche se hará este servicio de seguridad como mejor se pueda, y si el enemigo está próximo se tendrá la precaución de no encender luces ni cigarros, hablar ni dar fuertes golpes en el suelo, evitando en general toda clase de ruidos como los producidos por el choque de armas. Si es posible y no precisa á la operación se hará bien en no llevar caballería.

La partida en sus marchas procurará siempre seguir por lugares y caminos poco frecuentados, y en ocasiones y sobre todo en las de retirada, le será conveniente dejar el menor rastro posible, á cuyo efecto seguirá sendas, veredas y direcciones divergentes por espacio de algunas horas.

Para los altos buscará un punto que reúna condiciones defensivas y en el que la partida no esté muy al descubierto, no descuidando por cortos que estos sean el servicio de seguridad, disponiendo las parejas á larga distancia siempre.

En los de mayor duración para breves comidas ú otro objeto, se saldrá fuera de la ruta, tomará posición en terrenos ocultos y redoblará el servicio de vigilancia, estableciendo centinelas dobles en puntos dominantes y que ofrezcan extensos golpes de vista.

Estas parejas detendrán á cuantos campesinos y otras personas crucen por la inmediación, presentándolas á la partida, cuyo jefe pudiera por ellas obtener algún dato de importancia.

Si por ser preciso el secreto de su paso ó aparición se presentase al jefe un detenido de los citados, éste será siempre tratado con la mayor deferencia, y, sea amigo ó enemigo, compatriota ó no, se emplearán con él las mejores formas, quedando al jefe de la fuerza, después de interrogado aquél, el partido de resolver sobre su libertad inmediata, así como el de hacerle ver ó no el número y fuerza de que dispone la partida.

Respecto al núcleo de la fuerza que no se encuentre de servicio ha de procurarse tenerla reunida y siempre con las armas.

En los altos cuya duración exceda de media hora sin pasar de una, podrán aflojarse las monturas, y en los de más duración quitarlas á los caballos á excepción de dos ó tres correos siempre dispuestos á salir.

Paso de rios y barrancos.—La necesidad que una partida tiene de ocultar sus movimientos en lugares frecuentados por el enemigo, el secreto que exigen ciertas operaciones, y la conveniencia de ganar tiempo tomando atajos, la obligará en muchas ocasiones á seguir direcciones distintas á las señaladas por los caminos, haciendo sus marchas á campo traviesa.

Esta circunstancia hará que muchas veces se vea precisada para cruzar los valles ó salvar rios, torrentes y barrancos sin disponer de puentes, obstáculos aquellos que para una partida deben ser, más bien que perjudiciales, de la mayor utilidad, bien por lo que dificultan las marchas

del contrario, bien porque sus escarpadas orillas, entre las que en ocasiones van encauzadas impetuosas corrientes, forman excelentes defensas accesorias de gran número de posiciones.

De escaso caudal los torrentes unas veces, crecidísimos otras, helada su superficie en ocasiones, no siempre para cruzarlos podrá seguirse el mismo procedimiento, habiendo precisión de hacerlo, según estas circunstancias y el punto obligado ó conveniente de paso, bien por puentes improvisados, por los vados, sobre el hielo y á nado en rarísimas ocasiones,

Los puentes improvisados con objeto de salvar pequeños rios ó estrechos barrancos bastará que sean sencillas pasaderas tendidas de la manera más oportuna y empleando en su construcción árboles, maderas, carros, cestones, faginas y cuantos materiales apropiados se tengan á mano.

Serán seguramente de muy rara aplicación porque exige su construcción bastante tiempo, el suficiente para verificar el paso por lugar más fácil aunque distante, empleándose únicamente en casos extremos, pero jamás en una retirada ni á la vista del enemigo

En la generalidad de los casos bastarán las pasaderas de árboles, aún cuando seguramente en las operaciones de la partida no ha de haber imperiosa necesidad de construirlas, máxime conociendo bien el terreno, que no dejará de ofrecer otros puntos de paso favorable.

Si se dispone de una sogá resistente puede efectuarse el paso de la infantería sobre un río ó barranco de poca anchura, asegurando tres cuerdas á diferentes alturas y á cortos intervalos en ramas de árboles ahorquilladas, de modo que pueda pasar un hombre poniendo los pies en la más baja y agarrándose á las superiores.

El medio generalmente empleado para cruzar un río y que frecuentemente será repetido por la fuerza toda de la partida, es buscar un vado, cosa nada difícil en ríos de montañas en donde tanto abundan, y cuya existencia y condiciones deben ser conocidas por el último soldado.

Antes de aventurarse en su paso conviene cerciorarse si el vado reúne las propiedades esenciales reconocidas ya en otra ocasión y que pudieron variar por avenidas, alteración del fondo, etc.

A mayor profundidad de cincuenta centímetros, y teniendo en cuenta la corriente rápida de estos ríos, no debe aventurarse la infantería si la caballería va con ella, siendo preferible que ésta la tome á la grupa y la pase en cuatro tandas.

Si la infantería está sola y la corriente es proporcionada á las exigencias de la profundidad pasará formando cadenas por pelotones, con lo que se consigue contrarrestar la violencia del agua.

También se alcanza el mismo resultado estableciendo agua arriba una línea de caballos entre cuyas patas se quebrante su impetu.

Si la corriente es muy violenta y hay agua abajo sitios peligrosos, como presas, remolinos, etc., es conveniente colocar más abajo del vado unas sogas que, rasando con el agua y uniendo ambas orillas, sirvan de cabos á los que pueda agarrarse el que sea arrastrado por la corriente. Mejor aún es colocar si se puede fiadores ó pasamanos en el mismo paso, precaución muy recomendable, especialmente durante la noche.

Con frecuencia habrá necesidad también de salvar los ríos sobre el hielo que los cubre en los rigurosos inviernos.

La condición esencial en tal caso es que el hielo tenga en el punto de paso el espesor y resistencia suficientes para soportar las cargas.

Está demostrado por la experiencia que un espesor de 0^m04 puede resistir el paso de una fila de soldados á distancia de 2 metros por lo menos. Con ocho centímetros puede también pasar de á uno la caballería.

Para que el hielo resista en buenas condiciones es conveniente que se apoye sobre la superficie del agua, circunstancia que no suele verificarse siempre. Para comprobarlo y medir su espesor al mismo tiempo se romperá en algunas partes próximas.

El paso ha de efectuarse con el orden más severo, señalando la dirección que ha de seguirse con una capa de tierra ó arena que evite los resbalones y caídas, y prohibiendo el paso por otro lugar que el señalado.

Los primeros pasos suelen originar ruidos alarmantes, pero de ellos no debe hacerse caso mientras no salga el agua por las grietas que se formen.

El paso á nado no será generalmente empleado nunca por la partida. La altitud de la zona en que opere por lo que al frío hace referencia, lo poco caudaloso de sus ríos, sus numerosos vados y rápida corriente contribuyen á ello.

En todo caso antes de que la partida llegue al punto de paso, ya los exploradores habrán garantizado esta operación de un ataque imprevisto.

Servicio de exploración y reconocimiento.—La indagación y averiguaciones de la situación y estado general del enemigo constituyen, como es sabido, una de las más indispensables condiciones de éxito en la guerra. Encaminados á conseguir este fin están los servicios de exploración y reconocimiento.

Natural es que el contrario dificulte la realización acertada de tales servicios, que por su parte ha de procurar cubrir también, y de aquí el que sea difícil obtener datos, pues, aún siendo estos generalmente numerosos, no todos son exactos.

Por lo que se relaciona á la misión de las partidas, conviene siempre al jefe de ellas saber en dónde se encuentra el enemigo, y de consiguiente los puntos ocupados por éste, lo que no será difícil conseguir en una guerra de independencia, por el buen servicio de espionaje con que ha se-

guramente de contar, por lo cual será muy raro tener que destacar patrullas que practiquen el servicio de exploración.

Lo mismo sucederá respecto al de reconocimiento, pues ha de recoger excelentes datos de los campesinos y pastores de la comarca ocupada.

Recopilados y compulsados cuantos antecedentes crea necesarios, formará su composición de lugar el jefe de la partida y, ya sobre seguro y en su vista, procederá.

Vivaqueo.—La circunstancia de operar en zonas invadidas por el enemigo, quien por su parte ocupará los pueblos y pequeños poblados, y la conveniencia por otro lado del secreto y movilidad suma de la partida, obligará á ésta á vivaquear generalmente, salvo aquellos casos en que una granja aislada ó una casa cualquiera ofrezca condiciones suficientes y adecuadas para su acantonamiento y las circunstancias lo permitan.

En pleno invierno será siempre necesario buscar mayor abrigo, durante la noche especialmente, acantonando la partida.

El lugar en que vivaquee, ha de reunir determinadas condiciones tácticas y otras de orden higiénico y de abastecimiento.

Ante todo ha de ser un punto que garantice de sorpresas y permita con pocos centinelas observar todas las avenidas en una gran extensión; ha de estar desenfogado de las vistas del enemigo y además ha de ser una buena posición defen-

siva ó ha de tenerla próxima protegiendo el campo.

Dentro de otros órdenes de ideas, el abrigo contra los vientos, el temporal, etc., han de influir para su elección, así como la proximidad de recursos en agua, leña, forraje, etc.

Respecto á la disposición de las tropas conviene no tener á estas desperdigadas, obligándolas á guardar durante el descanso la división por armas y secciones.

Servicio de seguridad en vivacs y cantones.— Teniendo por objeto el servicio de seguridad poner las tropas al abrigo de una sorpresa, se adelantan á este efecto en la dirección de posible presentación del enemigo, algunas fuerzas para que, en caso de inopinado ataque, lo sostengan hasta que las tropas de retaguardia se apresten al combate ó consigan sustraerse á él.

Aun cuando no debe nunca faltar este servicio, exige el mismo tanto mayor cuidado cuanto menos preparadas para el combate se hallen las fuerzas y más escaso sea su número. En el combate mismo es necesario, si no se quiere estar expuesto á un copo ó á un desastre.

El servicio de seguridad, empleado prudencialmente por ser muy penoso, ha de formar como una red protectora á través de la cual sea imposible el paso al enemigo sin ser descubierto y estorbado, dando tiempo á que las demás fuerzas se apresten á la lucha.

En una partida que vivaquea, si el terreno es-

tá elegido con acierto, no será necesario extremar mucho este servicio hasta cansar las fuerzas, haciendo prudentemente el relevo de las parejas, únicas empleadas durante el día y en la generalidad de los casos. Exclusivamente de noche ó cuando se crea muy próximo al enemigo se destacará una avanzada de fuerza variable, ocho á treinta hombres, en la dirección probable de avenida, ó bien se establecerá un retén más ó menos numeroso.

Para el caso de una sorpresa, que nada hay imposible, todo el mundo ha de tener sus instrucciones que, salvo prevista circunstancia en que quepan más completas, se limitarán á determinar el punto de reunión si la partida se vé obligada á dispersarse, lo que nunca se ejecutará sin mediar la señal convenida.

En la colocación de los centinelas durante el día se ha de tener presente:

- 1.º Que se han de tener ocultos y han de descubrir la mayor extensión de terreno á lo lejos y muy especialmente las avenidas.

- 2.º Que han de estar lo suficientemente próximos para no dejar espacio sin vigilar y poder impedir que nadie salga ni entre al campo sin ser visto, y

- 3.º Que debe en lo posible economizarse este servicio.

Durante la noche deben colocarse los centinelas en terrenos bajos que les permitan ver los objetos destacados sobre el fondo del cielo, á cu-

yo fin en ocasiones se inclinarán para observar mejor.

La consigna que se dá al centinela, es de la mayor importancia, y el jefe ha de estar seguro constantemente de no estar cambiada por error ó mala interpretación. En todo caso, ésta ha de ser explicada y clarísima para que el soldado haga su composición de lugar y sepa á qué atenerse en determinados casos en que juegue su iniciativa.

Es también muy importante que éste, sencillo ó doble, colocado próximo ó distante, sepa la situación de los demás, así como la del resto de la partida y la dirección probable en que pueda aparecer el enemigo.

Para el caso de replegarse, conocerán el camino más corto y desenfado que les permita reunirse al núcleo de la fuerza.

El servicio de seguridad, cuando la partida se encuentre por excepción acantonada en un pequeño poblado, granja ó caserío, ha de ser el mismo, estableciéndose además durante el día un vigía en la torre ó edificio más elevado del pueblo.

Tampoco en este caso debe permitirse que la fuerza salga fuera de determinado radio, y para el descanso, especialmente durante la noche, es preferible á alojarla aisladamente, reunirla por secciones ó escuadras al mando de sus jefes naturales y en puntos tácticos. Estas fracciones nombrarán una guardia que vigile dentro del pueblo y atienda al cuidado del armamento.

CAPITULO IV

POSICIONES

Elección de posiciones y condiciones generales que estas deben llenar.—Dependiendo las condiciones que ha de llenar una posición de su objeto táctico y tratándose generalmente en esta clase de guerra de defensas pasivas en las que, con el menor mal propio posible, se busca el quebrantamiento del enemigo, claro está que han de buscarse en la elección de posiciones todas las condiciones naturales que las favorezcan, siendo estas:

- 1.º Campo de tiro despejado en sus avenidas.
- 2.º Flancos inabordables ó de fácil y tenaz defensa.
- 3.º Frente cubierto por obstáculos á 200 metros en que el tiro es ya bien eficaz.
- 4.º Dificultad de movimientos envolventes.
- 5.º Posibilidad de una obstinada defensa palmo á palmo.
- 6.º Fácil y segura retirada; y
- 7.º Desarrollo proporcionado al número de defensores.

Aparte de estas condiciones, la elección de posición ha de obedecer á consideraciones de otro género que se tendrán en cuenta al tratar del combate de localidades.

Medios de aumentar su valor.—La organización defensiva de los accidentes del terreno por medio de fortificaciones accidentales y defensas accesorias ha de completar ó aumentar el valor de una posición; á cuyo efecto el oportuno empleo de trincheras de todas clases, talas, cortaduras, etc., será siempre un excelente recurso.

El estudio especial del combate de localidades hará ver en cada caso el más acertado empleo de estos recursos de la defensiva.

De no escasa importancia al ocupar una posición defensiva es señalar, previa la más aproximada medida, la distancia á que se encuentran las diferentes fajas de terreno que en su avance puede ocupar el enemigo, lo cual permitirá el empleo acertado del alza y, de consiguiente, mayor eficacia del fuego.

En casos especiales, los puntos de referencia son también de gran utilidad por permitir hacer un certero fuego durante la noche.

Servicio de seguridad.—Es indispensable durante el combate por poco sostenido que éste sea si quiere evitarse un desastre. Fraccionado el enemigo puede aparecer por lugar inesperado é intentar envolver la posición, con lo cual puede verse muy amenazada la retirada de la partida.

Para cubrir este servicio se destacan parejas, montadas si es posible, á puntos que en derredor ofrezcan anchos campos de vista, ó á pasos obligados, quienes avisarán con anticipación de los movimientos envolventes del enemigo por medio

de señales convenidas, acudiendo inmediatamente uno de los individuos que la forman ó los dos, á medida que el peligro aumenta, para notificar lo que observaron.

Estas parejas se replegarán en la retirada por el camino más desenfilado en dirección de antemano señalada.



CAPITULO V

COMBATE

Clases de combate.—Las empresas diferentes que una partida puede llevar á cabo, han de obligarla á sostener frecuentes combates, ofensivos unos, otros defensivos, pero todos buscados y preparados por su jefe, pues es de la mayor conveniencia que una partida no combata sino cuando ella quiera.

En estos empleará todas sus formas y clases: cortos y decisivos, sostenidos á veces sin comprometerse nunca; lejanos ó próximos, y al arma blanca en ocasiones.

Se empleará la defensiva en la generalidad de los casos de defensa de localidades: alturas, bosques, desfiladeros, ríos, etc. Esta tiene la ventaja de la libre elección de posición y buena utilización del terreno con sus accidentes y defensas organizadas, y la mayor eficacia del fuego por la mayor tranquilidad, inmovilidad del tirador y apoyo del arma, como así mismo por las ventajas que proporciona el conocimiento del terreno y de las distancias.

La ofensiva tiene las ventajas de dar mayor superioridad moral y permitir la libre elección de tiempo y lugar, siendo la única capaz de producir resultados decisivos. Sus ventajas son más

bien de orden moral que otra cosa, por cuya razón su empleo ha de ser siempre muy estudiado, dependiendo su aplicación en general de la situación, objeto que se desee, número de fuerzas del enemigo, clase de estas, etc.

Puede la guerrilla emplearlo en los ataques de convoyes, sorpresas, ataques á fuerzas que forrajean, ataque ó incendio de trenes, falsas alarmas y en la generalidad de los casos en que haya probabilidades de derrotar por completo al enemigo ó tomarle cantidad respetable de elementos de boca ó guerra.

Reglas generales de combate. Pretendiéndose en los especiales combates de la guerrilla quebrantar en gran manera al enemigo á costa de ninguna ó muy pequeñas pérdidas propias y escaso gasto de municiones, el aprovechamiento del terreno y la disciplina en el fuego han de ser las bases fundamentales para el mayor éxito de la lucha.

El acertado aprovechamiento de los diversos accidentes del terreno permitirá en todos los casos sacar mayor efecto útil del arma y cubrir al tirador de los fuegos ó, al menos, de las vistas del enemigo, por cuya razón el soldado, á ser posible, combatirá siempre á cubierto, ventaja que le compensará de tener que batirse con fuerzas diez veces mayores y que no han de economizar sus fuegos.

Solo en casos excepcionales, y cuando una partida haya de combatir con fuerzas iguales,

pero inferiores en disciplina cuando de resultas de un imprevisto encuentro se hallen desmoralizadas y medio dispersas, ó una importante y arriesgada operación lo exija, solo entonces, hará el guerrillero un corto fuego á pequeña distancia y, presentándose resuelto y de súbito al enemigo, cerrará contra él al arma blanca.

La disciplina en el fuego exige inteligencia y sangre fría en el tirador, puesto que éste ha de prestar atención suma á las indicaciones de su jefe y al enemigo y ha de hacer un consumo calculado de las municiones, no tirando sino cuando crea que no desperdicia el disparo.

Durante el combate ha de procurarse en lo posible tener la fuerza siempre de la mano y atender igualmente al enemigo que al terreno, para en todo caso tomar las disposiciones más acertadas ganando tiempo, factor importantísimo en todas circunstancias.

Jamás se empleará la corneta ni el clarín por lo expuesto que sus toques son á error y confusión durante el fuego y porque señalan la situación de la fuerza de gran interés en ocultar.

El jefe y los subalternos se servirán de silbatos, y del modo más sencillo indicarán con ellos lo que desean, limitándose generalmente á señalar con ellos el momento de cesar el fuego ó emprender la retirada. Para todo lo demás el mejor sistema es el de las ordenes verbales.

Respecto á las formaciones que en el combate conviene adoptar, tanto en la ofensiva como en

la defensiva, se comprende desde luego que han de amoldarse á las circunstancias y condiciones del terreno y posición, desapareciendo en el combate de las partidas los sostenes y reservas, completamente inútiles, pues en todo caso nunca ha de ser la lucha progresiva y muy sostenida sino corta y enérgica.

En la defensiva se espera al enemigo y se le castiga todo lo posible, retirándose de la posición rápidamente antes de que éste haya tenido tiempo de causar daño. En la ofensiva se aparece súbitamente y, en corto tiempo y empleando todas las fuerzas se dá el golpe. Toda fuerza pues que no se emplee desde el primer momento es inútil.

Los fuegos que de ordinario se usen serán los de descargas, pues aparte de la perniciosa influencia moral que tienen sobre un enemigo que angustioso espera sus mortíferos efectos y ve en su metódico y acompasado empleo una organizada y serena defensa, el fuego por descargas permite regular al alza y dirección, corregir defectos de puntería, disciplina el fuego y, sobre todo, facilita en gran manera la dirección del combate y observación del fuego y movimientos del contrario, *imposibles de observar en un nutrido fuego á discrección hecho á corta distancia del enemigo y cubierto de numerosos y variados accidentes.*

Tiene el fuego á discrección gran ventaja para el tirador aislado, pero en apretada fila ó en orden cerrado, contra extensos blancos (una colum-

na en marcha, un convoy, una avalancha de hombres que van al asalto) á corta distancia y cuando el sistema nervioso está escitadísimo no hay otro fuego como el hecho por descargas, siquiera sea tirando al raso de metales y siempre bajo.

Cuando el contrario se presenta en lugar despejado este tiro permite regular la puntería y observar el daño causado por él en sus columnas.

Unicamente cuando el enemigo apercebido despliegue ya de lejos en orden de combate, se hará necesario poner á contribución la habilidad reconocida del guerrillero, haciendo acertado fuego á discrección sobre las guerrillas contrarias.

En cuanto á la distancia que conviene romper el fuego ha de tenerse presente la necesidad de no malgastar un cartucho, por cuya razón nunca ha de hacerse á grandes distancias. La magnitud del blanco, la clase y número de enemigo, su formación, las condiciones del terreno y del combate indicarán el oportuno momento de romper el fuego, que unas veces será á 400 metros y en la generalidad de los casos á menos, nunca á más y siempre á la voz de mando.

El empleo conveniente de las alzas es de la mayor importancia. Medida de antemano la distancia, en buena posición, á cubierto y con apoyo del arma, con la sangre fría y tranquilidad del que espera y excelentes tiradores, de emplear bien el alza, debe una partida en el combate hacer los mismos blancos que en el polígono.

La dirección del tiro ha de prescribirse siempre desde luego, como así mismo su rapidez cuando sea á discrección.

Por la manera especial de combatir y no emplearse reservas ni sostenes, las reglas que preceden al momento del asalto y retirada y la ocasión y modo de efectuar estos últimos trances del combate, deben estudiarse en cada caso particular, pudiendo aquí únicamente establecerse la norma general de que el asalto ha de hacerse con energía, desde la menor distancia y cuando el enemigo esté desconcertado, y que la retirada se ejecutará rápidamente y, á ser posible, sin que el contrario se aperciba del momento y dirección de la misma á fin de evitar la persecución.



CAPITULO VI

DEFENSIVA

Combate de localidades.—Limitándose á la defensiva, combate exclusivamente empleado por las partidas en el de localidades, desde luego se comprende que, debido á sus favorables condiciones de defensa, han de buscar siempre estos accidentes, únicamente en los cuales podrán empeñar combate contra muy superiores fuerzas sin riesgo inminente de ser destrozadas ó copadas.

Como el enemigo, por otra parte, tendrá necesidad de cruzar en ocasiones, desfiladeros, rios, bosques, etc., por ser puntos obligados de paso muchas veces, de aqui que estos mismos accidentes, las alturas, los puentes, los vados, los terrenos pantanosos y en general todos aquellos que no le permitan el oportuno y eficaz empleo de sus fuerzas, sean los lugares en que las partidas jueguen un gran papel, por lo cual es su estudio de la mayor importancia.

Aparte de las condiciones que una posición defensiva ha de llenar, debe en general y ante todo, tratándose como en este caso de ser defendidas por escasas fuerzas, tener una segura retirada por lugares en que resulte difícil la persecución.

Deben, pues, descartarse todas aquellas posiciones que, aun siendo inmejorables por los demás conceptos, carezcan de esta condición.

Bajo este punto de vista, los pequeños pueblos, granjas, caseríos y demás construcciones no han de aprovecharse generalmente como posiciones por tener de ordinario despejados sus alrededores. Disminuyen también su valor sus fáciles avenidas y la terrible acción de la artillería enemiga. Por otra parte, la circunstancia de estas habitadas es otro grave inconveniente.

A.—Alturas; sus ventajas.—Tienen estas posiciones las siguientes:

1.º Dominación, y por consiguiente fácil observación de las disposiciones del enemigo.

2.º Desenfilada á retaguardia de la cresta.

3.º Dificiles avenidas, tanto más cuanto más rápida es la pendiente y más elevada la altura, y

4.º Favorable empleo de las armas de fuego, por el apoyo en parapetos preparados de antemano, árboles, la misma cresta, etc.

Su elevación permitirá observar las maniobras y disposiciones de la columna enemiga, si ésta trae flaqueo y la fuerza de este último. Su desenfilada hará poco eficaz el fuego enemigo y la permitirá batir, bien al flaqueo, bien á la columna, según convenga, facilitará la retirada y, por último, sus difíciles avenidas harán imposible el empleo de la caballería para un rápido movimiento envolvente y dificultarán y retardarán la ocupación de la cresta, dando tiempo á que la partida se retire sin ser vista.

Estudio de estas posiciones y su organización defensiva.--Es conveniente su ocupación y defensa

cuando se encuentran próximas y enfilando caminos seguidos por columnas enemigas y en lugares de difícil acceso y flanqueo sin alturas inmediatas en el camino que aquellas vienen recorriendo.

Lejos de buscar en ellas continuas y suaves pendientes sin grandes ondulaciones para evitar los ángulos muertos y el abrigo al contrario, circunstancias favorables á la defensiva en un combate sostenido en el que se espera al enemigo, será conveniente para la partida que éstas sean lo más rápidas posibles y, mejor aún, inaccesibles.

Su adecuada situación (figura 1.^a) frente á un paso obligado; un puente, un vado, ó ante la salida de cualquier desfiladero, aumenta extraordinariamente su valor, pudiendo llegar á ser una terrible posición defensiva.

Conviene que sus faldas sean descubiertas, más bien que para evitar abrigos al enemigo, para seguir sus movimientos.

Su superficie superior ó su meseta ha de tener una anchura proporcionada, presentando en sentido de su profundidad ó sea á retaguardia de la cresta, suficientes repliegues y accidentes para cubrir la retirada y evitar la persecución.

Sabido por confidencias el próximo paso del enemigo y elegida la posición *P*, habrá necesidad de mejorar sus condiciones defensivas en cuanto sea posible.

Examinado el terreno inmediato se vendrá en

conocimiento de la probable aparición de la columna por tal ó cuál punto, *A*, y del camino, *B*, que pudiera seguir su flanco, en vista de lo cual se distribuirán las fuerzas en los lugares convenientes.

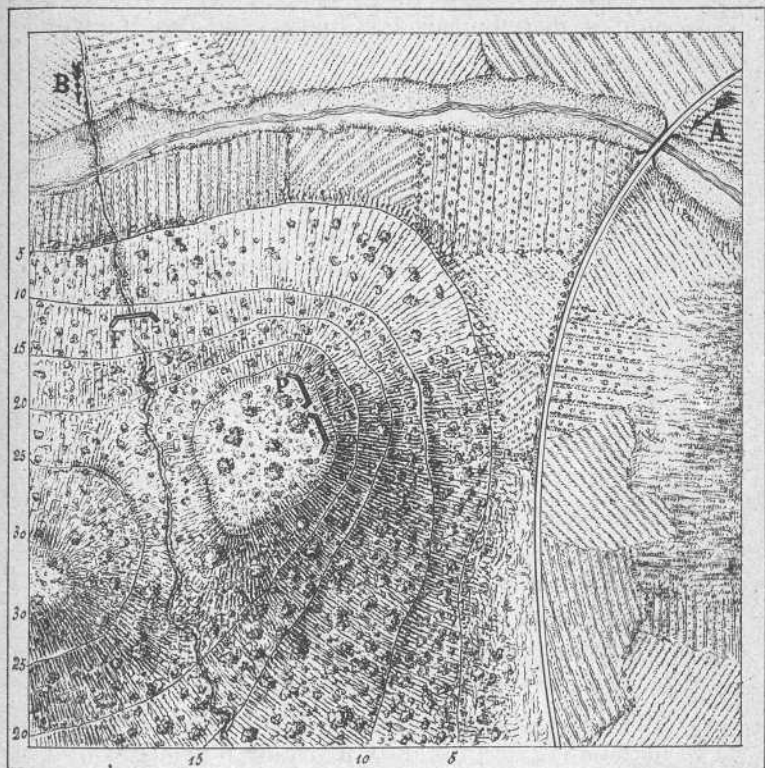
Las de la posición han de estar situadas en la cresta y algo á retaguardia de ella con objeto de hacer menos visible su colocación por la observación de sus parapetos y humos.

Para cubrirse contra los fuegos de la columna se emplearán, si el terreno lo permite, unas sencillas trincheras para tirador, rodilla en tierra, las cuales se disimularán todo lo posible con tepes ó ramaje. En estas condiciones, aun cuando el enemigo las divise y emplee contra ellas su artillería, será casi nula su acción.

Esta clase de trinchera será siempre preferible á la zanja trinchera, de penosa construcción, difícil de ocultar por el gran movimiento de tierras que exige, y en la que la unidad de mando es casi nula, degenerando siempre en ella cualquier fuego en uno rapidísimo á voluntad y casi siempre mal dirigido. Aparte de todo, ocasiones habrá en que por la naturaleza del terreno, inclinación de la falda y arbolado ó arbustos que en ella crezcan, no será posible su construcción.

Si en la posición ó en la falda hay bosque ó abundantes arbustos, podrán colocarse á tres ó cuatro metros delante del parapeto, y sin que al mejor observador llamen la atención, una serie

Fig.^a 1.^a



Escala, 1:4000

de grandes ramas enterradas por su base, las que figurando un pequeño arbolado y sin ser obstáculo para la puntería, oculten el poco humo de las descargas del Matíser.

Al flanco podrá hacerse una resistencia seria, estableciendo emboscadas, trincheras y defensas accesorias normales á su dirección y en sitio desenfilado de la columna. (F)

A excepción de los empleados contra éste y de los casos en que el enemigo no lleve artillería, nunca se construirán parapetos de piedras y troncos de árbol por el terrible efecto que esta causa al hacer blanco en ellos.

En todo caso se tendrá apreciada con la mayor exactitud la distancia de la posición á los diferentes puntos en que el enemigo haya de colocarse.

La caballería se situará á retaguardia cubriendo el camino de retirada y escalonada por grupos y parejas, una de las cuales estará lo más inmediata posible á la posición, por si hubiese necesidad de transmitir algún aviso al resto de la fuerza montada.

Combate.—Ocupada la posición, desde la que ha de descubrirse gran parte del terreno que la rodee, no será necesario establecer á distancia parejas exploradoras que anuncien anticipadamente la aproximación del enemigo.

Teniendo noticia de la marcha de éste y hora probable de aparición en el punto en que se le espera, se establecerán especie de vigías en los

puntos más elevados de la posición, quienes, dotados de buena vista ó gemelos, anuncien su aproximación con tiempo suficiente para que las fuerzas ocupen las trincheras.

Las destinadas á batir el flanco, estarán establecidas con anticipación y tendrán también centinelas en exploración próximos á ellas.

A la aparición de los exploradores enemigos, se establecerá cada fracción en su puesto, manteniendo el necesario silencio y orden á fin de que aquellos no se aperciban de su presencia, dejándolos pasar con toda tranquilidad.

Después aparecerá la vanguardia, más ó menos numerosa según la fuerza de la columna, y, si ésta trae flanqueos, no tardarán tampoco en aparecer.

En este caso, y en el supuesto de que la posición sea abordable por el flanco amenazado, habrá llegado para la fuerza principal el momento de romper el fuego contra la vanguardia si esta se encuentra á buena distancia y presenta buen blanco, ejecutándolo por descargas y con toda serenidad.

Iniciado el combate es lo regular que despliegue la vanguardia enemiga quien, aun cuando no conozca la precisa situación de las trincheras, no dejará de contestar con un fuego más ó menos nutrido del que no ha de hacerse caso, pues será seguramente de ninguna eficacia. Lejos de ello, y aun cuando los tiradores enemigos avancen, no se fijará en los tales su atención, conti-

nuando las descargas sobre las fuerzas que en orden cerrado estén á buena distancia.

Si mientras esto sucede llega el flanqueo, las fuerzas que han de batirlo le recibirán con el mismo fuego, embocando las avenidas y sosteniendo un combate estudiado, cuya duración dependerá del arrojo del enemigo, del terreno que recorra y del interés en sostenerlo, retirándose con oportunidad y dando aviso de ello al jefe de la partida, cuando éste no lo vea personalmente.

Retirada la fuerza que batió al flanqueo, avanzando éste y atacada ya de cerca y de frente la posición, tendrá necesidad de retirarse á su vez la partida, para lo cual hará el jefe cesar todo fuego y, rápidamente y por las veredas y lugares señalados, se dirigirán las diferentes fracciones al sitio de antemano designado para su concentración.

Es lo más probable que al llegar el enemigo á la cresta, sofocado y jadeante por lo penoso de la ascensión, se limite á la ocupación de las trincheras, sin soñar siquiera en perseguir á un contrario que ya no divisará, por lo cual si tiene alguna baja la partida podrá retirarla sin peligro.

Si ya la retirada está asegurada y hay lugar y ocasión favorable de hacer una descarga á los grupos que de ordinario se forma en el revés de las trincheras, no debe desperdiciarse, tanto más cuanto que sus proyectiles pueden caer al valle y hacer daño á la columna.

Siendo la posición inaccesible por los flancos,

se acumulará al frente toda la defensa y, en este caso, no habiendo probabilidades de que la posición sea envuelta por la vanguardia, si el enemigo avanza por su camino sin tomar la precaución de reconocerla, se esperará la llegada del grueso de la columna, sobre la cual y á la menor distancia se romperá el fuego, que siempre será en esta ocasión de mayor efecto moral y material por la sorpresa que ha de producir, por la dificultad mayor del despliegue y por la extensión y calidad del blanco; fuego que se sostendrá siempre por descargas como en el caso anterior, hasta que el enemigo avance resueltamente.

Cuando el flanco opuesto al de aparición de la columna sea abordable, se hará bien de apostar en él para casos semejantes una fracción que sostenga combate con la vanguardia si ésta, apercibida, contramarcha para atacar á la partida por el punto vulnerable de la posición.

Sucede á veces en esta clase de combates que, por no llevarse flanqueos, por ser la posición de difícil acceso ó por otras circunstancias, la columna se limita á contestar profusamente al fuego de la partida, empleando con preferencia la artillería, con la que se propone apagar sus fuegos, prosiguiendo acto seguido la marcha.

Cuando esto acontezca y el enemigo emplee el seranell, dará excelentes resultados el simular una retirada suspendiendo toda agresión para reanudarla más tarde y con mayor energía contra las tropas de retaguardia.

La ventaja que estas posiciones ofrecen permitiendo observar distintamente al enemigo, pueden últimamente aprovecharse para establecer en ellas tres ó cuatro tiradores excelentes aislados que tiren preferentemente contra los jefes más caracterizados, fáciles de distinguir durante el combate por la circunstancia de ir montados, por su escolta y por las órdenes que de ellos se toman y deferencias que se les guardan.

A la vista de posiciones imposibles ó muy difíciles de flanquear y que son á juicio del enemigo excelentes, puede éste en ocasiones, por temor á una emboscada, hacer sobre el lugar más adecuado de ella, alguna descarga de fusilería ó enviar alguna granada con el exclusivo objeto de indagar si la posición está ocupada, y obligar al contrario, que se creará descubierto, á retirarse ó manifestarse, haciendo la defensa en peores condiciones.

Ante esta extratagema será conveniente cubrirse del mejor modo y no contestar al fuego hasta que el enemigo confiado prosiga su marcha y ofrezca la mejor ocasión de quebrantarle.

B.—Desfiladeros; diferentes lugares de su defensa.—Existen diferentes y variadas clases de desfiladeros, sin embargo, según su importancia táctica, están clasificados en *desfiladeros cortos*, que permiten el empleo del fuego por encima del obstáculo, como los puentes y los vados, y *desfiladeros largos*, que no permiten este empleo, tal sucede con los formados por grandes montañas.

La defensa de un desfiladero puede hacerse á la entrada, en el interior ó á la salida según las circunstancias en que el defensor se encuentre y objeto que se proponga.

El sostener la defensa á la entrada, tiene gravísimos inconvenientes: El saber que solo se dispone de una línea de retirada, el temor de perder ésta, la dificultad de pasar del orden desplegado á una sola y estrecha columna al efectuarla y la conciencia del peligro, quita la libertad de acción en el empleo de las fuerzas y engendra el desorden en la última parte del combate, lo que puede dar lugar á una completa derrota en la misma boca del desfiladero.

No obstante, se impone esta defensa para la vanguardia ó retaguardia de una columna cuando ésta necesita la libre posesión de éste, sea en un avance, sea en una retirada en que se trata de ganar tiempo dando lugar á que lo cruce el grueso de la fuerza.

Tratándose de una partida, ni en desfiladeros cortos ni en largos ha de verse obligada á sostener tan desventajoso combate, permitiéndola su independencia y movilidad salvar rápidamente los primeros y hacer su defensa á la salida, ó internarse en los segundos para buscarla en otros puntos del mismo ó dispersarse, según convenga.

La defensa á retaguardia presenta las siguientes ventajas:

1.º El enemigo tiene que limitar su ataque á un solo punto, obligado.

2.º El defensor no tiene que distraer fuerzas y puede concentrar su ataque sobre la estrecha y compacta columna del contrario, imposibilitado de desplegar mientras no flanquee su salida, y

3.º Que aún después de conseguido esto se encuentra el enemigo con todos los inconvenientes de tener un desfiladero á retaguardia.

Esta defensa tiene el inconveniente único de la dificultad de pasar á la ofensiva y de perseguir al enemigo batido, dificultad de ninguna importancia tratándose de partidas que en estos combates jamás la tomarán.

La defensa en el interior, puede emplearse por estas tratándose de desfiladeros de mucha longitud ó de una série de ellos cruzados por sendas ó avenidas. En este caso, tiene el defensor las ventajas de la defensa á retaguardia y el enemigo todos los inconvenientes de marchar por un callejón continuo que ni le permitirá desplegar ni emplear convenientemente sus fuerzas.

Desfiladeros largos. (Bosques y montañas).—Estos presentan raramente el aspecto de un solo desfiladero, siendo por lo común una série sucesiva de ellos, de más ó menos difícil paso.

Tratándose de los formados por montañas, casi exclusivos en la clase de terreno en que ha de operar la partida, su defensa en el interior debe hacerse desde una posición de altura, ó dos en ocasiones, situada en el punto más estrecho y de más difícil paso. Su estudio y organización defensiva se ha hecho al tratar de estas posiciones. La

manera de combatir variará también muy poco.

Si el desfiladero contiene sendas ó veredas en dirección al enemigo, han de vigilarse estas con mucho cuidado.

La defensa á la salida, ha de hacerse únicamente y del mismo modo, desde una posición dominante ó desenfilada y de difícil acción para la caballería, como un bosque extenso y cerrado, la orilla opuesta y escarpada de un río, etc.

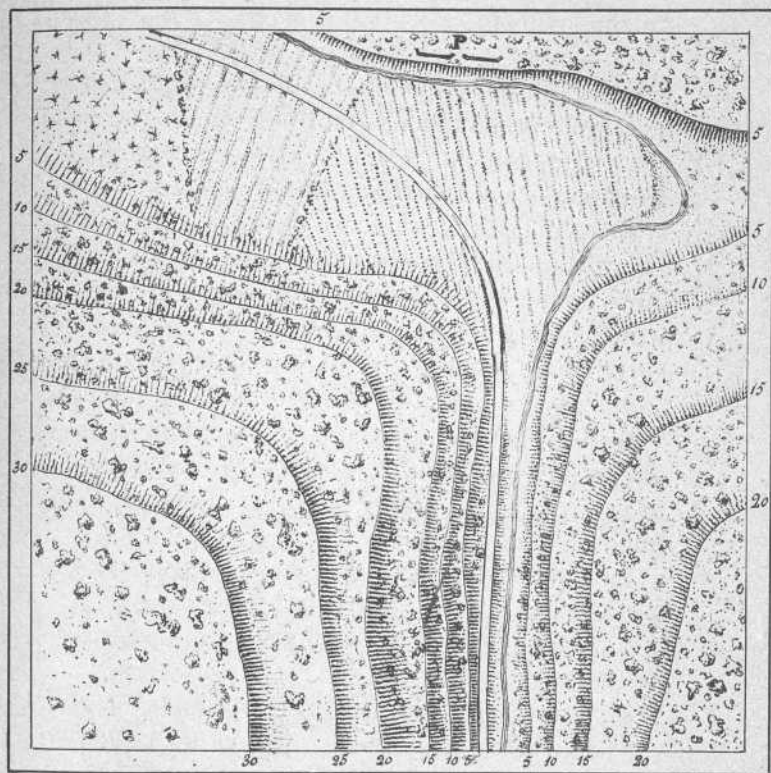
Si la salida del desfiladero es única, convendrá obstruirla para retener al enemigo en la boca, sobre la que se concentrarán los fuegos. Para conseguir lo primero se dispondrán en ella algunos hornillos de mina que se harán volar con un explosor en el momento más crítico de la lucha ó bien se prepararán torpedos en abundancia, medio preferible á cruzar obstáculos visibles que prevengan el ataque y puedan cubrir al enemigo.

En este caso especial de tener una sola salida, una buena posición á 100 ó 200 metros (fig.^a 2.^a) costará al enemigo muy sensibles y numerosas pérdidas.

En la defensa á la salida, se prescindirá de hacer fuego sobre las fuerzas que la desborden, á menos que éstas ofrezcan buenos blancos preferentes, sosteniéndose aquél sobre las que se presenten en orden cerrado, hasta que la posición sea resueltamente atacada ó pueda verse comprometida la retirada.

Como en la defensa de alturas, si la posición

Fig^a 2^a.



Escala, 1:4000

P es inaccesible ó poco menos por frente y flancos, circunstancia que haga imposible el flaqueo y que el enemigo reconozca la posición, por próxima que ésta se halle, convendrá retardar toda agresión hasta la llegada del grueso de la columna, tirando entonces con preferencia sobre la artillería y la impedimenta.

Desfiladeros cortos. (Puentes y vados).—Por las razones espuestas al tratar de los desfiladeros en general, en estos, los formados por puentes ó vados, solo se hará á la salida su defensa.

Limitándose una partida á la defensa inmediata del paso, sin pretender dar un contra-ataque en serio para el que necesita gran espacio de terreno próximo al desfiladero y en la orilla propia del río, y teniendo, en cambio, interés en que el fuego sea muy eficaz, ha de buscar una posición lo más próxima posible y que enfile el puente ó el vado y sus principales avenidas.

En ningún caso ha de procederse con mayor cuidado para su elección y organización defensiva, no siendo todos estos pasos, igualmente propios, para ser defendidos por una partida.

Los exploradores enemigos, si ambas orillas son despejadas y muy especialmente si lo es la propia, han de apercibirse muy pronto de que se va á estorbar el paso y, prevenido el contrario, desplegará una extensa línea de tiradores y su artillería, desde posiciones bien elegidas, romperá el fuego sobre las obras de defensa, haciendo ésta imposible ó nada eficaz.

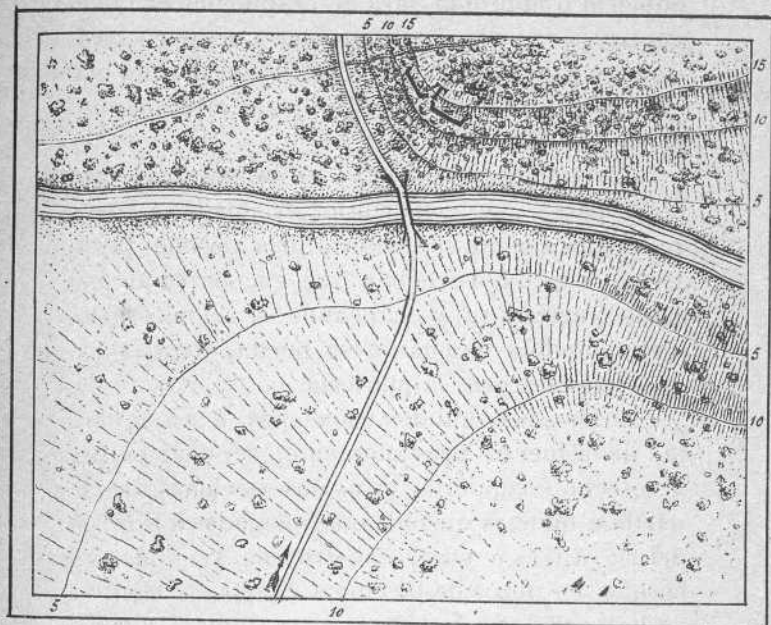
Sólo una especialísima configuración del terreno, muy cubierto en el lado de la defensa y descubierta ó impropia para el despliegue en el del contrario, puede facilitar ésta que, por consiguiente, solo debe hacerse desde un bosque que parta del mismo río ó desde alturas próximas cubiertas de arbolado (fig. ^a 3.^a)

A distancia conveniente y en un lugar que enfile el paso *T*, se construirán trincheras, cuyos parapetos tengan la menor altura posible, prefiriendo á esto aprovechar si se encuentra alguna zanja ó cortadura, y chapeando, si es necesario, disimulándolo en cuanto se pueda, algunas ramas que estorben la puntería.

Establecidas aquí dos fracciones, ó sea la mitad de la fuerza próximamente, se distribuirán á derecha é izquierda otras dos secciones de la partida, quienes quedarán desplegadas á lo largo del río, á tres ó cuatro metros de la linde del bosque, en pozos de tirador ó zanjas, ó bien, si no hay arbolado, cubiertas por algún repliegue del terreno.

Aun cuando algunas parejas de la caballería propia, situadas á vanguardia del desfiladero, podrían avisar con tiempo la aproximación del enemigo, replegándose rápidamente á retaguardia, en la generalidad de los casos, no será prudente hacerlo así, porque pudieran á su vez ser vistas y dar esto lugar á que aquél extremase sus precauciones de avance. Lo que sí convendrá siempre es establecerlas á retaguardia y agua

Fig^a 3^a.



Escala, 1 : 4000

arriba y abajo del desfiladero, con objeto de vigilar los flancos de la infantería de la partida y evitar una sorpresa, dada seguramente por algún destacamento enemigo.

Lo mejor es vigilar desde el lado propio la llegada de los exploradores, á los que se dejará pasar y aun continuar su marcha, mientras no descubran la posición.

Si estos ya han pasado y se aperciben entonces de que el desfiladero está defendido, es lo probable que intenten retroceder, y en este caso, los soldados descubiertos, ó los que se ordene si están en orden cerrado harán uno ó dos disparos sobre aquellos, sin fijar más en ellos su atención á menos que, temerarios, avancen.

Si adelantados los exploradores sin observar nada, ó iniciado ya el combate, trata la vanguardia de forzar el paso ó despliega en la orilla opuesta, se romperá el fuego sobre ella. En el caso de que ésta avance se hará por descargas desde la posición central sobre el puente ó vado, y á discreción por la fuerza desplegada en las alas, cruzando sus fuegos.

Cuando el enemigo despliegue no habrá engaño, si está próximo, en que estas últimas fuerzas sostengan un tiroteo lento del que siempre llevará la peor parte el enemigo, pero en el caso de hallarse á mayor distancia de 400 metros, no contestarán á su fuego, limitándose el guerrillero á cubrirse de él esperando mayor aprovechamiento.

Natural es que el contrario, si no quiere forzar el paso inmediatamente y á toda costa, ponga á distancia algunas piezas en batería para quebrantar la defensa, por lo cual convendrá que las fuerzas en orden cerrado próximas á la salida no se señalen demasiado. Por esta razón, se limitarán exclusivamente á la inmediata defensa del paso, pues, llegado á él el asaltante, se verá la artillería precisada por temor á hacerle daño á suspender el fuego, aun cuando distinga claramente el lugar de donde salen las descargas.

Ante un decidido asalto se verá siempre obligada la partida á abandonar la posición, pero este sistema de embestir á ciegas, puede ser sangrienta lección al enemigo, porque, establecidos de antemano hornillos en los puentes y damajuanas en los vados, podrían hacerse explotar en momento oportuno y cuando el fuego de la defensa no bastase á contener al contrario. Cortadas así las fuerzas del ataque, y si estas no eran suficientemente numerosas, estarían perdidas sin remedio.

Acaso un enemigo más prudente, aparente buscar otro paso, y espere la favorable ocasión que una espesa niebla ó la noche proporcione para forzarlo. Ante esta extratagema, habrá que oponer una inmediata y extremada vigilancia, limitándose á cuidar la salida del desfiladero, por lo cual y si aquél después de intentar el paso se retira, al llegar la noche se cruzarán á la salida obstáculos, cuyo desvío ocasione ruidos que

lo denuncien. En ocasiones podrían utilizarse otras defensas accesorias, cuyo empleo dependerá del valor de la posición, accidentes del terreno y condiciones del paso.

También pudiera suceder que un destacamento de soldados diestros en la natación cruzaran el río á distancia, con objeto de intentar un ataque de flanco. Contra esta eventualidad estarán las parejas flanqueadoras, cuya misión estriba especialmente en prevenir estos ataques, dando aviso con oportunidad y sin disparar un solo tiro, ya que por su escaso número no podrían oponerse al paso, ni procede tampoco reforzarlas abandonando la posición.

Iniciada la retirada se ejecutará ésta con rapidez, concentrándose ó dispersándose sobre la marcha, según convenga, para reunirse más tarde en lugar de antemano designado.

C.—Bosques.—Su estudio como posición de combate.—El papel que estas posiciones pueden desempeñar es importantísimo, por cuya razón, cuando su situación y extensión permita á una partida aprovecharlos como puntos de resistencia, no deben despreciarse, organizándolos defensivamente en el lugar que mejor convenga.

A veces se encuentran estos accidentes á lo largo de una línea de comunicaciones, córtanla en otras ocasiones, y en todos estos casos puede de ellos sacarse gran partido si se eligen con tino algunos lugares de los mismos, que por sus condiciones sean propios al combate defensivo.

Casi todos los inconvenientes que el empleo de estas posiciones tiene, ocupadas por numerosas y variadas fuerzas, como son: difícil dirección del combate, dificultad de movimientos, desorden y paralización de la ofensiva por causa de los obstáculos y fraccionamiento de tropas, desaparecen tratándose de una partida bien instruida y organizada; antes bien favorecen estas circunstancias su especial modo de combatir.

En la defensiva tienen siempre los bosques las siguientes ventajas:

1.º Desenfilada de las vistas, y de aquí difícil persecución y eficacia del fuego enemigo.

2.º Obstáculos para el asaltante, ó facilidad de crearlos rápidamente, y

3.º Empleo favorable de las armas de fuego, por los buenos puntos de apoyo que se encuentran.

En la elección de esta clase de posiciones ha de tenerse presente su extensión, su naturaleza y su situación táctica respecto á los demás accidentes que tiene á su inmediación.

Teniendo en cuenta el primer punto de vista, desde luego se echan de ver los graves inconvenientes que ofrece un bosque de reducida extensión, contra cuyos defensores se empleen movimientos envolventes por fuerzas numerosas, movimientos que, si no dan lugar á un copo, imposibilitan toda defensa próxima y eficaz.

Es, pues, necesario que los bosques preferidos sean de tal extensión que ni se sueñe siquiera en envolverlos.

Su naturaleza ha de ser tal que, ocultando á la vista del enemigo y dificultando una persecución, no sean sin embargo demasiado espesos, y en este caso presenten siempre callejones que faciliten una pronta retirada. Los bosques claros ó demasiado jóvenes no convienen.

Respecto á su situación ha de tenerse en cuenta la conveniencia de elegir aquellos que por su posición con referencia á líneas de comunicaciones seguidas por el enemigo, ofrezcan excelentes posiciones tácticas. Así, por ejemplo: la linde de un espeso bosque de gran extensión, situado á un flanco y á poca distancia de un camino frecuentado por columnas, y si es posible, separado de él por un río; éste mismo, próximo á una línea férrea que el enemigo aproveche, ó bien la linde opuesta de un claro atravesado por un camino, son excelentes posiciones tácticas.

Este último caso está dentro de la defensa de desfiladeros.

La entrada de un bosque que intente cruzar una columna no conviene defender, porque, apercibido el enemigo, desplegará con tiempo, la batirá desde lejos con su artillería é intentará un ataque de flanco, circunstancias todas que harán muy débil y poco eficaz la defensa.

Limitada ésta á las situaciones citadas, se estudiará únicamente en el caso de hallarse la posición al flanco de un camino seguido por una columna.

Organización defensiva de los bosques.—Elegida

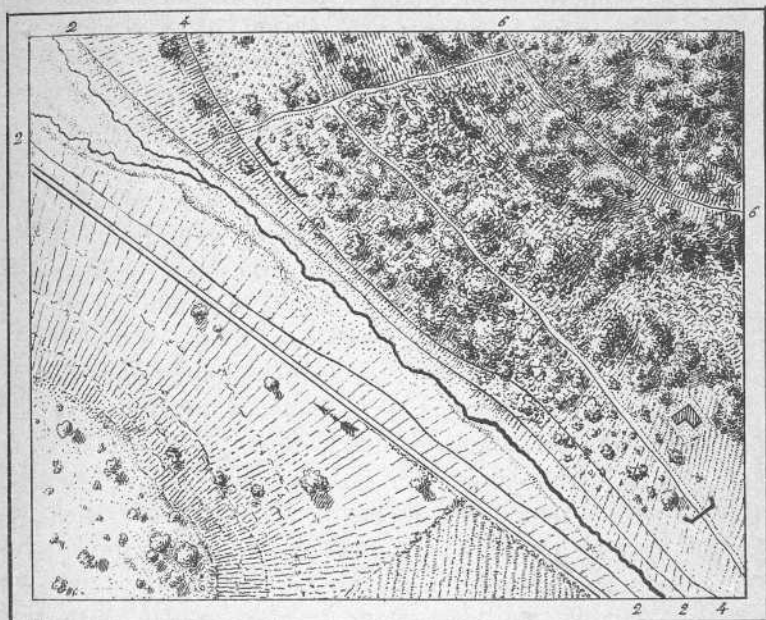
una parte de bosque (fig^a. 4.^a). más allá de la mitad de su frente, á contar por el lado en que se espera al enemigo, á distancia conveniente del camino y separado de él por un barranco, un rio ó cualquiera otro obstáculo que no oculte al contrario de las vistas y muy especialmente de los fuegos, se procederá desde luego á su organización defensiva.

A algunos metros de la linde, determinados por la espesura de la misma, y en diferentes lugares algo separados entre sí y desde los que se divise distintamente el trozo de camino que se quiere batir, se construirán parapetos de muy poca altura, hechos con los elementos que el mismo bosque y sus inmediaciones proporcione: troncos y ramaje, piedras y tierra, conviniendo si el terreno lo permite, levantar un bajo parapeto de tierra únicamente, y mejor aún si existe, aprovechar alguna zanja paralela al camino, solución siempre preferible por el terrible efecto que la artillería puede causar en los parapetos.

Fortificada así la posición, se procurará disimular estos trabajos del mejor modo posible, dejando sin embargo suficientemente despejado el frente, á cuyo efecto convendrá cubrir algún lugar con ramaje y despejar otros.

Si el bosque es algo espeso habrá generalmente necesidad de abrir algunas salidas á retaguardia ó á veredas ya trilladas en dirección de la retirada. En otras ocasiones convendrá derri-

Fig.^a 4.^a



Escala 1:8000

bar algunos árboles, haciéndoles caer cruzados sobre caminos demasiado espaciosos.

Atendido á que el combate ha de ser corto y que ha de revestir, como todos los empeñados por la partida, de muchos de los caracteres de la emboscada, como en las posiciones de alturas, convendrá tener las fuerzas lo más concentradas posible dentro de cada fracción, á cuyo fin se situarán estas en sus respectivas posiciones en orden cerrado.

La gente montada se distribuirá por parejas escalonadas, guardando las avenidas y con especialidad aquellas que pudiera seguir el flanco, cuya aparición señalarán con la mayor brevedad.

Si éste es posible, cosa que al elegir estas posiciones debe evitarse, se dará á una fracción la misión de contenerlo, batiéndolo en un paso difícil algo distante de la posición, atrincherado fuertemente y de tal modo elegido, que los proyectiles enemigos no puedan enfilarse al resto de la partida. Convendrá también en este caso hacer la marcha del flanco lenta y difícil, creándole obstáculos á cada paso, con objeto de que se retrase de la cabeza de la columna, cosa hasta fácil y frecuente por la impaciencia de ésta y porque de ordinario no sabrá la altura á que se encuentra el flanco.

Las parejas exploradoras establecidas delante de las fuerzas que han de batirlo, se colocarán después detrás de éste y á manera de estaciones de posta, hasta la posición principal.

Combate.—Avisada la partida de la aproximación del enemigo, se procurará no llamar desde luego su atención, con cuyo objeto se apagarán toda clase de fuegos, por insignificantes que sean, y se retirarán de la linde cuantos objetos extraños pudieran llamar su atención.

Elegida la posición, como se dijo, á gran distancia del lugar en que empieza el bosque por el lado en que pudiera meterse flanco, si el enemigo lo lleva, tardará éste mucho en encontrar resistencia, siendo lo regular, pues la experiencia lo comprueba, que la columna se adelante, encontrándose frente á la posición elegida por la partida antes de que aquél dispare un sólo fusil. Si esto no sucede y el flanco se bate, tampoco es lo regular que semejante incidente detenga la marcha de la vanguardia, evitando que al menos ésta se ponga á tiro.

En todo caso, será muy raro que el enemigo no presente ya un buen blanco sobre el que se romperá el fuego por descargas y apuntando siempre muy bajo, sosteniendo éste mientras sea posible, es decir, hasta que fuerzas decididas vengán al asalto ó dispare la artillería, cuyos temibles efectos en un bosque no conviene sufrir.

Tiempo sobrado habrá siempre para quebrantar al enemigo antes de que tal suceda, porque con frecuencia se ha visto que una columna en marcha, atacada de flanco y por sorpresa, aún por fuerzas muy pequeñas, queda gran tiempo á la defensiva en posición desventajosa, sin tomar los comandantes de fracción otra ini-

ciativa que la de contestar con fuego, si bien excesivo, poco eficaz.

Si mientras tanto ó con anterioridad la fracción que protege el flanco amenazado se batiese con el flanqueo, sostendrá el fuego hasta recibir aviso de suspenderlo y retirarse, replegándose únicamente por su iniciativa y avisando de ello cuando sea imposible sostenerse en la posición.

Cuando por cualquier circunstancia no llevase el enemigo flanqueo, será conveniente dilatar toda agresión hasta la llegada de la impedimenta, y en caso de que éste se haga por fuerzas pegadas á la misma linde, podrá internarse algo la partida, volviendo á la posición después que aquél haya pasado sin aperebirse de nada, cosa nada difícil si se tiene en cuenta la confianza con que el enemigo marchará por haber recorrido sin novedad la mayor parte de la linde, y más aún si como trinchera quiere aprovechar la partida alguna zanja ú otro accidente natural apropiado, que no revele su preseneia.

En el caso especial de ser inabordable de frente la posición por estar separada del camino por un terreno pantanoso, un río de altos bordes, etc., podrá sostenerse la defensa mucho más tiempo y hasta tanto que el enemigo, precisado á ocupar el bosque, busque paso más ó menos distante.

Llegada la ocasión de la retirada se ejecutará ésta como siempre, rápidamente, y por las veredas y lugares señalados, cesando desde luego todo fuego.

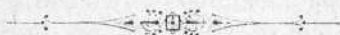
D.—Ríos.— Su aprovechamiento como defensa accesoria.— Como apéndice al combate de localidades, y sin pretender utilizar estos accidentes como líneas defensivas, ni siquiera como posiciones sus orillas, fuera de los casos estudiados de puentes y vados, pueden hacerse ver las ventajas que en varias ocasiones reportan los ríos, dificultando la persecución de una partida y asegurando su impunidad cuando, conociéndolos bien, merodea por sus márgenes y aprovecha el menor descuido del enemigo para quebrantarlo.

Con frecuencia sucede que en terrenos montañosos marchan muy próximos los ríos y caminos, pasando estos de continuo de una á otra orilla, pero siempre encajonados entre faldas más ó menos accidentadas.

Estos frecuentes cambios en semejante terreno, dificultarán en gran manera el flanqueo para toda la fuerza, proporcionando á una partida ocasión propicia de hacer daño á una columna, tiroteándola desde una ú otra orilla, enfilando tal ó cual paso obligado, difícil para la impedimenta, picando su retaguardia ó, en fin, aprovechando cualquier aglomeración, propia de tales marchas.

El carácter especial de este combate, no supone establecerse á la defensiva en parte alguna, antes bien implica una gran movilidad con ayuda de la cual puede, á raíz de picarse la retaguardia, salir por atajos á molestar un flanqueo ó la misma vanguardia.

Aprovechando, pues, tanto como el terreno, los diversos incidentes de la marcha y prescindiendo por ahora de aquellas posiciones propias para una defensa, en ningún caso se fortificará la partida. Ocultas únicamente sus fracciones de las vistas, harán una ó dos certeras descargas desde un sitio favorable y, rápidamente y antes de que el enemigo conteste, se retirarán desfiladas en busca de nueva ocasión de hacer daño



CAPITULO VII

OFENSIVA

A.—**Emboscadas.**—Existen dos clases de emboscadas que bien pudieran llamarse pasivas y activas, *de espera ó de cebo*. En las primeras se concreta uno á esperar el paso del enemigo, ocultando sus fuerzas en las inmediaciones del camino. En las segunda se lleva al enemigo, valiéndose de la astucia, á un lugar en donde se han ocultado de antemano tropas para batirlo en ventajosas condiciones de número ó situación.

En el primer caso, se tiende una emboscada; en el segundo se atrae á ella al enemigo.

De mayor importancia la segunda de estas operaciones, no será muy empleada, sin embargo, por una partida, porque el enemigo, receloso de suyo, lo será más aún en el terreno cubierto que ésta ocupe, lo que hará muy difícil conseguir que se engolfe en una persecución de la que estará acostumbrado á sacar poco partido. De más frecuente aplicación será el tender una emboscada.

Poco extremado el servicio de seguridad en las líneas de comunicaciones, aquí es donde podrán emplearse con mejor éxito. También pueden dar buen resultado en aquellos lugares en que, por su frecuente ocupación y continuo trillo por las tropas enemigas, no son de esperar sin suponer al contrario especial audacia.

El lugar elegido para una emboscada, ha de ser examinado con tino.

La distancia de la emboscada al camino ó lugar de paso ha de ser la menos posible, pero evitando el riesgo de ser descubierta. Cuanto más próxima, más efecto ha de causar sobre el enemigo.

Los terrenos más favorables á las emboscadas son aquellos que, pareciendo descubiertos, presentan no obstante, repliegues, cortaduras, cruces de caminos, etc., que pueden ocultarlas. Son también muy buenos los terrenos cubiertos de bosques, sembrados de caña ó de altos cereales.

Es de suma conveniencia que el terreno que los exploradores y flanqueos enemigos tengan que recorrer para descubrirla, sea de muy difícil acceso, si no impracticable. En cambio será una ventaja que el que media entre la emboscada y el camino ó lugar que ocupe el contrario, sea de fácil y corto flanqueo.

Finalmente, en la elección del lugar ha de procederse con la mayor prudencia. Nada más fácil si no se anda con tino, que suceda aquello que vulgarmente se dice, «ir por lana y salir trasquilado», y para evitarlo, es de absoluta necesidad poder, una vez fracasado por cualquier motivo ó rechazado enérgicamente el ataque, sustraerse fácilmente á una ofensiva eficaz, por medio de una rápida y segura retirada.

Emboscada ordinaria ó de espera.—Las emboscadas de espera constituyen una de las más im-

portantes operaciones propias á la partida, y suelen dar excelentes resultados cuando, con conocimiento exacto de la marcha, número y clase de fuerzas enemigas, y enterada de su misión, las tienden en lugares adecuados.

Una columbina volante, un pequeño convoy, una fuerza que va al forraje, tal que proteje una recomposición de vías de comunicación, cual que recorre y vigila una línea férrea, otra que escolta un tren, todas estas fuerzas son blanco preferente para tales asechanzas.

En la guerra suelen cometerse muchas imprudencias, hijas unas de la confianza, otras de la impericia y algunas de la necesidad. Una obediencia ciega, una mala interpretación ó una imperiosa exigencia, obligan en ocasiones á prescindir de las más rudimentarias precauciones de seguridad.

Con frecuencia se aventuran escasas fuerzas comisionadas para diferentes operaciones, en cuyo desempeño han de recorrer distancias de diez ó más kilómetros, por caminos trillados, es verdad, y limpios de enemigos, pero poco vigilados y no exentos de atrevidos golpes de mano, dados al amparo del abandono en que por excesiva confianza se tiene la comarca.

Tampoco será extraño observar como una pequeña fuerza de 20 ó 30 hombres recorre diariamente un itinerario que siempre es el mismo, marchando por las inmediaciones de una línea férrea ó por la misma vía con el exclusivo objeto

de reconocerla y evitar cualquier atentado de destrucción.

Y, últimamente, no es menos cierto el hecho de confiar á veces á una reducida escolta la custodia de un tren que conduce viveres, prisioneros ó algun material de guerra.

No ha de faltar, pues, ocasión á una partida bien mandada para tender emboscadas con éxito probable.

En estas se procederá de diferente manera, según que se preparen contra un pequeño convoy, contra las fuerzas que salgan á forraje, contra trenes en circulación ó contra las fuerzas de vigilancia y protección de vías férreas.

a. — Ataque á un convoy.— Conocida por buenas confidencias la próxima salida de un convoy, y con exactas noticias del camino que ha de seguir, fuerza que lo escolta y punto de destino, no será difícil atacarle en ventajosas condiciones, si el terreno se presta y no son muchas las fuerzas de protección, preparándole una emboscada.

Como lugar más apropiado convendrá establecerla en aquellos parajes en que la naturaleza del camino dificulta ú obliga á suspender la marcha del convoy; en un largo desfiladero, al paso de un vado, ó en sitios muy cubiertos y difíciles de registrar, un gran bosque, por ejemplo.

Si hay pocas probabilidades de que la emboscada sea descubierta por las parejas exploradoras ó fuerzas de seguridad que lleve el convoy, se hará bien en suprimir todo servicio avanzado

de aviso ú observación de su llegada. Esto evitará el que pueda ser descubierta antes de tiempo.

Ocasiones habrá, en que para dificultar tal contratiempo, será conveniente llamar hácia otro lado la atención de los exploradores, tiroteando á estos y á la vanguardia. Otras veces convendrá picar la retaguardia con alguna fuerza montada para acelerar la marcha del convoy y desorganizarlo.

Nunca ha de descuidarse el servicio de seguridad de la partida, estableciendo á distancia ó en puntos dominantes bien elegidos, parejas exploradoras que avisen con tiempo la aparición de tropas enemigas que, acudiendo oportunamente al combate, creen á la partida una situación comprometida.

A la vista del enemigo, y presta la partida en su posición de espera, se guardará un silencio absoluto y la mayor inmovilidad, dejando pasar si nada notan, á las fuerzas de seguridad para mejor sorprender el grueso.

En el momento oportuno, el jefe dá la señal convenida, y las diversas fracciones romperán un nutrido fuego por descargas, dirigiéndolo cada fracción ó grupo sobre los mayores y más próximos blancos enemigos.

Si las fuerzas protectoras se batien ordenadamente en retirada, cosa muy difícil, pues aquí no suele haber términos medios, y el convoy trata de retroceder, se hará bien en dificultarlo, ti-

rando sobre el ganado, con el fin de introducir el desorden entre los conductores.

Cuando el enemigo se amilane, se debilite, inicie una dispersión ó ceda desordenadamente el terreno, habrá llegado la hora de cerrar contra él resueltamente al arma blanca, haciendo cesar todo fuego y tratando ante todo de causarle un verdadero pánico.

La fuerza montada disponible, cargará entonces, si el terreno se lo permite, sobre la retaguardia del convoy á fin de envolverlo.

Siempre será peligroso ocuparse demasiado del convoy, durante la lucha. Esta es breve y, con preferencia, ha de atenderse á derrotar al enemigo.

Si éste se dispersa y queda el campo por la partida, tomará posiciones en expectación de fuerzas de socorro, y sin perder tiempo se procederá al reconocimiento del convoy.

Siendo de víveres, véstuuario, equipo ó medicamentos, se tomará lo que convenga y pueda llevarse, quemando ó destruyendo lo demás.

Cuando lo apresado sean pertrechos de guerra, convendrá no destruírlos sino en el caso único de no ser posible transportarlos ó esconderlos en un lugar seguro.

El ganado se sacrifica después de seleccionado el que ha de llevarse.

Los prisioneros que no sean necesarios para la asistencia de los heridos enemigos, se emplearán en el transporte de los propios y efectos del convoy.

Como medida general en todos los casos, y á fin de evitar sérios contratiempos y el desorden consiguiente en tales ocasiones, una vez alcanzado el convoy, se comisionará al jefe de una sección su custodia inmediata, mientras que otro con la suya lo desbaja, cargando lo que ha de transportarse, hecho lo cual y organizada la marcha, se alejarán estas dos secciones con la mayor rapidez posible, precedidos de la fuerza que cubría el servicio de seguridad, durante el combate y de la fuerza montada.

Las otras dos secciones de la partida, contendrán mientras tanto al enemigo, si aún intenta molestar la operación, y, apenas efectuada, destruirán el resto del convoy y se retirarán protegiendo la marcha de las primeras.

Si por el oportuno socorro de otras fuerzas, ó por cualquier causa fracasara la operación, debe la partida dispersarse rápidamente, concentrándose después en el punto de reunión señalado de antemano, en previsión de esta eventualidad.

b.—Ataque á las fuerzas del forraje.—Cuando estacionadas algunas tropas enemigas como guarnición permanente en un poblado, estación férrea ó cualquier punto de etapa de sus líneas de comunicaciones, dispongan de fuerzas montadas ó ganado, y haya buen forraje en sus inmediaciones, han de procurar en ocasiones su requisición, operación que habrá de hacer la tropa, si el pueblo está abandonado, la autoridad local falta ó

cita á ésta, ó los habitantes de la localidad saben negarse á ello, oponiendo resistencia pasiva, creando supuestas dificultades ó fingiendo miedo insuperable.

Llegado este caso, suele comisionarse para la requisición á un corto destacamento, cuya fuerza es más ó menos numerosa, según la distancia y lugar del forraje.

La naturaleza del camino que hay que recorrer, los medios de transporte de que se dispone ó que en consecuencia pueden emplearse y las exigencias de otros servicios de guerra más perentorios, determinarán en cada caso la clase de fuerzas que han de verificar esta operación, expuesta más que ninguna, cuando una excesiva confianza, un deficiente servicio de seguridad ó una rutinaria costumbre, permitan al enemigo tender una emboscada.

Nada más susceptible, en efecto, de confusión y desorden ante un ataque imprevisto que ese abigarrado conjunto de fuerzas de requisición sorprendido á su regreso ó durante el trabajo. Tropas de caballería, á pié ó sobre voluminosas cargas; carros de diferentes clases conducidos como se puede; acemileros y ordenanzas enterados materialmente entre el forraje; aquí un caballo que atropella; allí una acémila que pierde la carga; detrás un individuo que se retrasa mientras la arregla; otro que se olvida del armamento. Este es el aspecto que de ordinario presentan tales fuerzas al levantar el campo,

y no obstante ya hace tiempo generalmente que se han concentrado las fuerzas de seguridad, y el convoy camina alargado, desordenado y tranquilo, sin precaución ninguna, por el solo hecho de no haber sido molestado hasta entonces.

No solo es al retirarse las fuerzas cuando puede atacárselas. Esta misma ocasión, debida á excesiva confianza, se presentará también durante el corte cuando la operación viene repitiéndose sin incidentes en el mismo lugar.

En ambos casos se las batirá ventajosamente, tendiéndolas una emboscada, cuyo lugar y ocasión determinarán los accidentes del terreno y los estudiados hábitos del enemigo.

Cuando haya de atacarse á las fuerzas durante el trabajo, convendrá dividir la partida, situándola bien oculta fuera del radio de exploración enemiga, pero en lugares no muy distantes y desde los cuales puedan verse las parejas y sostenes de seguridad, en su puesto acostumbrado de observación.

Apenas establecido el enemigo en este servicio, y empezado el forraje, avanzarán cautelosamente las fracciones emboscadas, procuran lo acercarse todo lo posible sin ser vistas. Al ser descubiertas marcharán resueltamente á tomar las posiciones ya preventivamente señaladas, concentrando unas sus fuegos contra las fuerzas de protección, sobre las cuales deben hacerse por

descargas, mientras que otras lo ejecutarán á discreción rápido contra la gente dispersa. La caballería mientras tanto buscará la oportunidad de cargar.

Este sistema de dividir la partida en secciones tiene reconocidas ventajas: Permite ocultarse y acercarse con más facilidad; cruzar y aprovechar mejor los fuegos; acobarda al enemigo haciéndole creer que es atacado por considerables fuerzas, y forma á manera de una red entre cuyas mallas suele siempre quedar algo, aún en el caso menos afortunado. Tienen además en su favor la circunstancia de facilitar la retirada y dispersión si el enemigo es socorrido oportunamente por otras fuerzas.

Podrá batirse al convoy de forraje á su regreso cuando el lugar en que este se haga sea muy descubierto ó se halle garantizado de sorpresas por una excelente y fuerte posición para las fuerzas que lo protejan. En tal supuesto se le tenderá una emboscada en el tramo más apropiado del camino, procediéndose en ella según lo explicado para el ataque de un convoy.

c. — **Ataque á los trenes en circulación.** — Siendo las líneas férreas como líneas de comunicaciones, verdaderas arterias de un ejército por las cuales éste recibe todo lo necesario á su sostenimiento: hombres, pertrechos de guerra, víveres, equipos, material de sanidad, etc, y se deshace de su impedimenta; heridos, enfermos y prisioneros, ha de hacer de ellas frecuente empleo, organizando

trenes militares en uno y otro sentido y siempre con importante objeto.

En ellos, excepción hecha al conducir tropas, va por lo general una escolta con la misión de proteger la carga contra un golpe de mano enemigo, escolta colocada en uno ó dos vagones blindados y más ó menos numerosas según lo que custodie y la seguridad que la línea inspire, pero siempre deficiente para llenar su cometido cuando un enemigo arrojado, descarrilando el tren de improviso, la ataca resueltamente.

Contribuyen principalmente á tal deficiencia, dificultando y debilitando la defensa, los perjudiciales efectos del accidente, las malas condiciones defensivas de los blindados y su especial situación, respecto á los demás carruajes, á los cuales se hallan unidos.

Aun tratándose de país ocupado, y de éste se trata por supuesto, para una mediana protección de esta línea de comunicaciones, sería necesario dividir las en zonas, en cada una de las cuales se moviesen por ambos lados de la vía columnas volantes para mantener siempre á distancia al enemigo. Pero este servicio requiere el empleo de numerosas fuerzas, y aún así y todo quedarían en ocasiones burladas.

Si esta protección viene aumentada por la construcción de blockhans establecidos en puntos adecuados y unos á la vista de otros, ya será más eficaz, si bien á costa de distraer más gente, más con todo ello, y mientras la vía no s

cubra con una guerrilla formando cordón permanente, no se hallará aquella garantizada de una avería originada por la partida.

Teniendo en cuenta el enemigo todas estas razones, raro será sin embargo que pueda asegurar la tranquila circulación de trenes en determinados trayectos por la imposibilidad de emplear el penoso sistema últimamente indicado, ya que los demás, si bien dificultan, no impiden en absoluto cualquier intentona.

No es pues empresa imposible, ni mucho menos, merodear por las inmediaciones de la línea y caer sobre ella en oportuna ocasión para cortarla, volar y descarrilar trenes ó atacar á estos ó las pequeñas fuerzas de reconocimiento.

Cuando la partida intente atacar un tren en marcha, deberá detenerlo si no quiere hacer ilusorio el ataque reduciendo la operación á un rápido tiroteo; es más, deberá, si desea asaltarlo, impedir que de nuevo se ponga en movimiento, para lo cual puede emplear varios procedimientos, bien cortando la vía, levantando carriles ó volando tramos para que los trenes descarrilen, bien haciendo saltar la máquina ó algunos vagones con el empleo de explosivos.

Suponiendo custodiada la vía más de lo que de ordinario estará, puede procederse para ello del modo siguiente:

A la caída de la tarde del día anterior al señalado para el paso del tren y cuando ya la columna de protección que recorra las inmedia-

ciones se haya alejado, la infantería de la partida situada hasta entonces fuera de la zona de observación del enemigo, avanzará sigilosamente hacia la vía, emboscándose en el lugar de acecho elegido, siempre á menor distancia de 200 metros y en sitio en que éste trayecto deje bien expedito el paso.

La fuerza montada, sin acercarse tanto á la línea y á distancia de dos ó tres kilómetros de la infantería, cubrirá al resto de la partida, situándose del lado probable en que pudiera al día siguiente aparecer la columna volante de protección.

Establecidas así las fuerzas, se esperará á que cierre la noche, y, á la hora más conveniente, dos hombres duchos en la operación, llegarán por el intervalo de dos fortines hasta la vía, protegidos por la obscuridad, y empleando el sistema más apropiado á las circunstancias y menos fácil de descubrir, colocarán los explosivos que han de volar aquel tramo.

Terminada la operación, borrarán cuidadosamente todo rastro, ocultando con horquillas los conductores y se incorporarán á la partida, fijándose cuidadosamente en qué lugar dejan puesto el hornillo.

Todo ya dispuesto, se esperará la llegada del día y con él la del enemigo.

Considerando, como se supuso en un principio, muy extremada la vigilancia, es lógico suponer que el tren no ha de aventurarse á salir sin que preceda por lo menos un escrupuloso y deta-

llado reconocimiento de la vía, á fin de prevenir cualquier atentado llevado á cabo por el enemigo durante la noche.

Verificado aquél, bien por un corto destacamento ó por parte de la fuerza que guarnede los blockhaus, estos ya de por sí bastarán á su inmediata vigilancia, y el tren recibirá orden de emprender la marcha. Pero antes de que éste llegue al lugar de la emboscada, veamos la exposición que hay de que sea descubierta, bien por la gente de reconocimiento, bien por cualquier destacamento que marche paralelo á la vía.

Por regla general nunca pasan de quince ó veinte hombres, siendo á veces dos ó tres los encargados al mando de un oficial ó clase, de recorrer y reconocer la vía, operación que se hace bajo la protección de los fuertes y que viene limitada á un exámen detenido de los carriles y superficie de explanación.

La excesiva atención que esta misión exige, fatigosa en extremo, el corto número de fuerzas que la ejecuta y los alambrados y empalizadas, que de ordinario cierran los lados de la línea, son sobrados motivos para que los comisionados del reconocimiento, se limiten al estricto cumplimiento de su cometido sin separarse de la vía, tanto que descubran la emboscada. Sin embargo, en prevención de que estos aperciban algún conductor, bueno será seguir sus menores movimientos para volar el tramo antes de que corten el hilo.

Las columnas volantes ya pueden en ocasiones frustrar la operación, pero no siempre se dá la oportunidad de su aproximación, antes de la aparición del tren, pues la urgencia de su circulación, la lenta marcha de la columna y la difícil combinación de ésta con la del primero, suelen dificultarla.

Pero suponiendo que se dé tal oportunidad, aun queda la caballería de la partida que, advertida de tal contrariedad, saldrá al encuentro de la columna, con la que procurará sostener un empeñado tiroteo, á fin de distraerla é impedir su avance, picando con tenacidad su retaguardia si, apércibida del ataque al tren, viniera en su socorro.

Al aparecer la exploradora de éste, ó al sentirse su aproximación, se encontrará la gente dispuesta, y el encargado de hacer jugar el explosor junto á él, buscando su alineación con un árbol ú otro objeto y el lugar en que se halla el hornillo.

Verificado el paso de la máquina exploradora, no tardará mucho tiempo en llegar el tren y con él la ocasión deseada.

Según convenga volar la máquina, algún blindado, ó tal ó cual carruaje se esperará á que éste entre en la línea formada por el que tiene el aparato y el punto de referencia elegido, y en este momento se hará la explosión.

El ruido de la detonación, será la señal del asalto, cayendo la partida como un solo hombre

sobre el tren, sin disparar un tiro y antes que la escolta, repuesta del accidente, se apreste á la defensa y rompa el fuego.

Situada ésta en los blindados, que de ordinario se colocan en cola y cabeza del tren, y alcanzados por la partida los vagones centrales, atacarán cada dos secciones á uno de los protegidos, desde los cuales será punto menos que imposible la defensa, si los asaltantes avanzan pegados al tren, hasta llegar á los carros de la escolta.

En efecto, el vicioso aspillerado de los blindados con sus grandes ángulos muertos á su proximidad, la falta de flanqueos de los mismos, imposibles de colocar por el limitado espacio que para su construcción ofrecen los túneles y puentes, y en último término su posición relativa con los demás vagones, facilitará la impune llegada hasta los primeros.

En tan crítica situación, se intimará á la escolta la inmediata rendición, respetándoles vida y libertad y amenazándola con prender fuego al carruaje si prolongan un minuto más la resistencia, amenaza que se llevará á cabo sin contemplación, rociándolo con petróleo si persisten en la defensa.

Rendida antes ó después de dar fuego al blindado, se la recogerá el armamento y se formará frente al tren fuera de la vía, encargándose á una sección su custodia mientras otras dos reconocen la carga, separando á distancia lo que ha de llevarse, incendiando lo demás y destruyendo

la locomotora, si ya no lo estuviese bastante por la explosión.

Mientras tanto, la cuarta sección toma posición en los blindados, si no han sido destruidos ó, en su defecto, en un lugar ventajoso en expectativa de cualquier contingencia, bien sea originada por el regreso de la exploradora con su escolta ó por la aproximación de cualquier fuerza, circunstancias ambas poco probables si se tiene en cuenta la misión encargada á la caballería y la dificultad de que aquella se aperciba del ataque é intente auxiliar al tren.

Seleccionada la carga que convenga llevar, se distribuirá entre los prisioneros, sin que les embarace demasiado, dejando alguno de estos al cuidado de los heridos, y acto continuo se alejará con ellos la partida, precedida de una sección y cubierta la marcha por otra, fraccionándose por el momento, si conviniera evitar una próxima persecución.

Avisada la fuerza montada de la retirada de la infantería, se incorporará á la partida á la mayor brevedad y ésta, ya en sitio seguro, dará libertad á los prisioneros, hechos con tal condición.

Estudiado el caso más desfavorable por suponer muy protegido el tren y vigilada la vía, ha de hacerse presente, sin embargo, que será muy raro tal lujo de precauciones por parte del enemigo, siendo lo más probable que estas se tomen después de algunos descalabros, y que sin em-

bargo después y todo no se extremen tanto en una línea de comunicaciones.

d.—Ataque á las fuerzas de vigilancia y protección de las vías férreas.—Aunque la misión de vigilancia y protección de las líneas, se lleve á efecto por columnas volantes, escoltas de trenes, destacamentos establecidos en estaciones y blockhaus, y patrullas de inmediato reconocimiento, queda ya únicamente fijar la atención en estas últimas fuerzas.

Contrá las columnas volantes, pueden tenderse emboscadas, puede atacarse como se ha visto una escolta de tren, pero el ataque á blockhaus y patrullas de reconocimiento ya es cosa nueva.

De la sorpresa de un fortín cualquiera de la línea, y menos aún de su franco ataque no hay que ocuparse. Ocho ó diez fusiles que pudieran recogerse, no es trofeo que compense una sola baja.

Defendidos por escasas fuerzas, tienen sin embargo excelente defensa contra fusilería, y enérgicas y terminantes instrucciones, por lo cual, no hay que soñar siquiera en su rendición.

El ataque á las patrullas de reconocimiento, es bien distinto. Obligados los quince ó veinte hombres que de ordinario las forman, á seguir constantemente el mismo itinerario, fijando especial atención en los carriles, cunetas y superficie de explanación, aún protegidos por los blockhaus, estarán en varios trayectos vendidos al enemigo que les prepare una emboscada.

Contra tales fuerzas, han de tenderse entre dos fuertes, frente á lugares de la vía en que ésta no ofrezca abrigos ni defensas naturales, ocupando la partida á lo largo de la misma, un frente extenso que impida el avance y retirada de la patrulla, ó bien puntos próximos situados antes y después de la emboscada, en la que desde luego no será necesario el empleo de toda la fuerza.

Llegada la patrulla de recorrida frente al lugar de la emboscada, romperá ésta el fuego, haciéndolo á discreción, pues aquella no vendrá nunca apelotonada por temor á los hornillos y para mejor reconocer la línea.

Inmediatamente las dos alas de la partida, harán su aparición cruzando sus fuegos y cortando la retirada á los fuertes.

Si se presume con fundamento que, la fuerza atacada, ha de buscar como posición defensiva, un bosque, un barranco, un mamelón ó cualquier otro accidente próximo, fuera de la vía, se ocultará en él alguna fracción que la bata por sorpresa, y mejor aún convendrá, si el terreno se presta, esconder la caballería de la partida para cargarla cuando trate de ganar la posición.

Ante tan brusco ataque de numeroso contrario, son de suponer funestas consecuencias para las fuerzas de recorrida, siendo el caso tanto más grave y lamentable por la circunstancia de ser inevitable en lo sucesivo, por mucho que el servicio de seguridad se extreme, y no obstante distraer mayores fuerzas, restadas seguramente de

donde la misma partida puede hacerlas necesaria en otra ocasión.

Cuando por cualquier circunstancia, por llevar un tren numerosas tropas, por no haber un lugar propio para emboscada en aquel paraje, ó por otra razón no se quiera asaltarle, y si volarle únicamente, empleando torpedos, será conveniente hostilizar á estas fuerzas de reconocimiento, tiroteándolas á su paso por el sitio en que se hallan colocados, pues, distraída así su atención de su principal objeto, será más fácil el que pasen sin apercibirlos.

A veces el hecho de descubrir los conductores tendidos para volar un tren, hace que una emboscada preparada contra este último, se emplee contra la patrulla, en cuyo caso se procurará volar el tramo lo antes posible, y se cargará después sobre ella.

Emboscadas de cebo.—Aun cuando con poca frecuencia podrán emplearse en ocasiones, y muy especialmente al principio de la campaña, cuando todavía el enemigo desconoce con quién se las ha y no ha sufrido desastre alguno debido á tales extratagemas.

Contando con el corto número de combatientes de que dispone una partida, es conveniente no atraer á la emboscada excesivas fuerzas, á menos que la clase de éstas y especial condición del terreno las embarace en sus movimientos, razón por la cual solo se prepararán contra pequeños destacamentos de infantería, ó bien contra fuer-

zas de caballería en mayor número, pero llevadas á lugares en que les sea imposible toda maniobra ofensiva.

Pueden también proyectarse contra tropas estacionadas ó contra fuerzas volantes que traten de practicar reconocimientos, quienes seguramente por su especial misión, han de caer en ellas con más frecuencia.

En ambos casos se fraccionará la partida en dos partes desiguales. La mayor, destinada á batir al enemigo de una manera súbita y enérgica, se ocultará en un lugar propio á una emboscada. La menor, compuesta de una quinta parte de la fuerza próximamente, se hace visible y procura por mil medios hacerse perseguir del enemigo, hasta llevar á este al sitio convenido con la primera.

Esta pequeña fuerza, que desempeña el papel de cebo, tiene una difícil y peligrosa misión, correspondiendo á su jefe gran parte de los honores del éxito.

Con exacto conocimiento del lugar en que el resto de la fuerza ha de ocupar, y penetrado bien de lo que se intenta, se separará de ella acompañado de veinte ó treinta hombres montados ó á pie, según convenga, y de los más ágiles, expertos y conocedores del terreno.

Esta fuerza, sin alejarse mucho de la otra, se dividirá en pequeños grupos, practicará una escrupulosa exploración de los lugares por que ha de atravesar en su retirada, é inmediatamente

de haber obtenido la certeza de tener por suyo el campo, marchará á buscar el contacto con el enemigo.

Ya en esta situación y hecha notar su presencia, bien por haber sido vistos ó por algunos tiros sueltos disparados de intento, empieza lo más difícil y sagaz de su trabajo.

Vigiladas las avenidas del campo enemigo, no deben perderse de vista sus menores movimientos, observando principalmente si éste distrae alguna fuerza con intento de envolver ó atacar de flanco á tan audaces provocadores, cosa más que probable si el jefe de estos los coloca en aparente desventajosa posición, y hace alarides de ataque insensato, revelando el escaso número de combatientes con que cuenta.

Conseguido su primer objeto al salir fuerzas en su persecución, sostendrá con ellas un pequeño tiroteo en el que más que otra cosa procurará meter constante ruido, atendiendo todos con preferencia á asegurar la impune retirada por saltos sucesivos de accidente en accidente.

Con este especial sistema de combate, y en vista de la ninguna eficacia del fuego que recibe, no es de extrañar que el enemigo, *que ya ha estado á punto alguna vez de realizar su plan*, se entusiasme demasiado y, sin atender á otra cosa que al inmediato objeto que se propone, se engolfe en una persecución funesta, y caiga en la emboscada preparada.

Roto el fuego por ésta y derrotadas y disper-

sas por la partida las fuerzas perseguidoras, la caballería cargará si puede, y perseguirá á los fugitivos.

B.—Sorpresas.—Siendo la sorpresa un ataque imprevisto ejecutado contra fuerzas en reposo, bien acantonadas, en vivac y aun en posiciones, es condición necesaria para el éxito de la misma, poder llegar hasta dichas fuerzas sin que, apercibidas, se apresten á tiempo al combate, circunstancia aquella que supone abandono en el servicio de seguridad por parte del enemigo.

Limitándonos á las sorpresas que una partida puede en ocasiones llevar á cabo, se prescindirá de las reglas señaladas para una gran columna en que figuren las tres armas, estudiando únicamente las posibles á la primera.

Como tales, han de contarse las intentadas contra débiles destacamentos, acantonados en lugares de las líneas de comunicaciones ó contra puntos de etapa de las mismas, bien guarnecidos comunmente, pero de los cuales se ha destacado fuerza accidentalmente, dejándolos poco protegidos, y las proyectadas contra no muy numerosas fuerzas de protección de trabajos de tala ó construcción.

Claro está, que para que la sorpresa tenga carácter de tal, ha de acercarse la partida todo lo posible al enemigo, sin que éste se aperciba de su llegada, circunstancia que recomienda las horas de la noche como las más apropiadas para el avance al amparo de su obscuridad, y de aquí

que de ordinario se señale el amanecer como el momento más oportuno para caer sobre el enemigo.

Nadie ignora, por lo demás, que en esta hora se recomienda mayor vigilancia á causa de mayor peligro de ataque, y sin embargo, quien esté algo práctico en campaña, reconocerá que, no obstante cuanto se predique á patrullas y centinelas, siempre suele suceder que se hace por ellas todo lo contrario.

Con los primeros albores del día se disipa el recelo al par que las tinieblas, y el centinela que ya ha observado movimiento entre los suyos, confía en que tal ó cual soldado que va por agua, se dirige á la cocina ó sale á hacer cualquier necesidad, ha de vigilar por él, y, en esta persuasión y ante los efectos del mayor fresco que deja sentirse, se sube un tanto la manta y, apoyado contra el fusil, se rinde al sueño que hace tiempo le acosa.

Cosa parecida sucede con los guardias y patrullas: Estas no pueden concebir como precisamente va el enemigo á esperar la luz para sorprenderles, y, en tal confianza, apenas clarea, suspenden todo servicio, y el que no cambia el arma por el vaso del café y busca al par el calor de las cocinas, se tiende resueltamente á dormir.

En cuanto al servicio de descubierta, durante el cual la tropa permanece sobre las armas, deja regularmente de practicarse al poco tiempo

de llevar guarneciendo un mismo puesto sin incidente, por no estar próximo ni con mucho al enemigo.

Aún, si se apuran estas observaciones, podrá notarse que muchos oficiales de cuartel se contentan con echar una mirada en torno sobre el campo, después de lo cual y en vista del movimiento que entre la gente empieza á notarse, disimulan toda falta de vigilancia, por creer ya pasada la ocasión del ataque y, con ella, el peligro que tanto abultaron á la tropa.

Este es pues el momento más favorable al ataque.

La fuerza que ha de ejecutarlo y que durante la noche y mediante una estudiada marcha por lugares cubiertos, se habrá ido aproximando cautelosamente al lugar más conveniente, próximo y desfilado de las vistas del puesto ó campamento, aprovechará tal oportunidad y avanzará resueltamente, haciéndolo á la carrera al ser descubierta, y cargará al arma blanca, sin disparar un tiro, si es posible y tratando ante todo de apoderarse del fuerte principal, de las piezas ó de los jefes enemigos.

La escasa resistencia de centinelas y pequeños grupos debe despreciarse para atender al objeto preferente, avanzando todos como un solo hombre sobre el núcleo de las fuerzas.

Si por un accidente cualquiera descubre el enemigo demasiado pronto á las fuerzas del ataque y se prepara á la defensa, es prudente renunciar

por entonces á la sorpresa, pues esta en realidad no tendrá ya muchos visos de tal y lo que por la fuerza pudiera conseguirse resultaría un tanto caro.

En este caso y en el de un descalabro imprevisto, conviene retirarse rápidamente á una señal convenida, tratando cuanto antes de ganar una posición favorable á ella.

Aun cuando contra destacamentos y acantonamientos puede buscarse tal ocasión y hora para la sorpresa, hay otras ocasiones varias de atacar súbitamente en excelentes condiciones de éxito á estas mismas fuerzas. La protección, durante ciertas horas, de un trabajo próximo, forrajes, tala, recomposición de vías férreas, etc., deja á veces casi desguarnecido el lugar y presenta oportunidades de ataque nunca despreciables, bien contra las fuerzas que quedan para su custodia, bien contra las que salen de protección.

La condición de atacar á ambas fuerzas durante otra hora del día que las señaladas anteriormente, dificultará la aproximación de la partida haciendo más difícil la sorpresa. Llegada la ocasión se procederá siempre en la forma explicada.

Las sorpresas durante la noche no deben intentarse á menos que se conozca la posición ó lugar palmo á palmo y se tengan noticias exactas de las disposiciones y servicio de seguridad del enemigo. Aun así y todo son muy propensas

á la confusión y al desorden en el combate, siendo su resultado de dudoso éxito, á menos que se ejecuten contra fuerzas muy inferiores en número, contra tropas bisoñas ó contra algunas cuya moral esté muy quebrantada.

C.—Alarmas.—Nada que fatigue y debilite á las tropas, nada que las reste espíritu como los continuos tiroteos, los amagos de ataque y en general toda clase de alarmas provocadas por el enemigo.

El insoportable sufrimiento de tener horas y horas los nervios en tensión, hace que el soldado prefiera el más reñido combate á frecuentes demostraciones y alardes.

Las alarmas provocadas durante la noche, especialmente, tienen como inmediata consecuencia el privilegio de obligar á aumentar el servicio de seguridad y desvelar á las tropas enemigas, no permitiéndolas el necesario descanso. Son por otra parte las más fáciles de producir, las que mayor efecto moral causan por ignorarse la situación y propósitos del que ataca y, en último lugar, pueden hacerse impunemente, pues el enemigo generalmente se limitará á la defensiva, contestando á la agresión con fuegos bien inciertos.

Nada más fácil que llevar la alarma durante la noche á un punto protegido, á un campamento ó á un vivac. Ni el número excesivo de la fuerza enemiga, ni las mejores posiciones pueden impedirlo.

Las especiales condiciones de recursos que se exigen en el lugar en que una columna acampa, obligan á situar el núcleo de las tropas en terrenos que no siempre suelen estar desenfilados de los fuegos contrarios.

Las mejores disposiciones en el servicio de seguridad no bastan á evitar la caída de proyectiles entre las fuerzas acampadas, bien sean avanzadas ó nó, y esto sobra para sembrar la alarma y el desosiego entre las tropas.

Una partida que atisba la marcha de una columna buscando la ocasión de quebrantarla puede, aparte de las emboscadas tendidas á sus flancos y de las defensas que haga de ciertas posiciones, molestarla de continuo y aun causarla bajas durante la noche si se ve precisada á vivaquear.

La dirección y velocidad de la columna, el tiempo que lleva de marcha, el paraje en que se encuentra, la distancia de este al primer lugar habitado y la hora del día serán datos suficientes para presumir ó nó el vivaqueo. El lugar en que este puede verificarse vendrá señalado por tales circunstancias y las condiciones especiales del sitio.

Puede en consecuencia asegurarse en muchas ocasiones que tal ó cual fuerza en marcha pernoctará en este ó el otro paraje.

Previsto el caso, la partida se dividirá y, ocultas sus fracciones en derredor del lugar elegido para vivac, acechará todas las disposiciones que

el enemigo tome, retirándose cada grupo á la aproximación de las avanzadas de seguridad que aquel ponga y estableciéndose á conveniente distancia, que siempre será á la menor posible, del campamento.

Ya en esta situación no perderán de vista éste ni sus avanzadas, fijándose particularmente, aparte de la posición relativa de estas últimas, en la de los lugares en que vivaquean agrupadas mayor número de tropas.

Las horas que queden de día no deben perderse. Cubierto de las vistas debe el guerrillero cubrirse también de los fuegos para evitar una lamentable casualidad al contestar el enemigo á los fogonazos. A este objeto cada tirador ó pequeño grupo buscará un parapeto natural ó lo construirá en su defecto como mejor pueda.

En prevención de falta de blancos durante la noche, como luces, hogueras, reflejos de lonas, etc., y con objeto de dirigir el fuego hacia el lugar que se desée, se apreciará la distancia á este, se buscará la alineación con el de un punto notable que por su color ó elevación se destaque en las sombras y se observará el diferente aspecto del conjunto á medida que vaya faltando la luz. Esto bastará para hacer caer los proyectiles en una pequeña superficie determinada.

El procedimiento de apuntar de día algunos fusiles para dispararlos durante la noche, puede dar muy buenos resultados si se hace contra blancos preferentes, como una tienda, un cober-

tizo, una pequeña cañada abrigada, una puerta ó paso obligado, etc. A este fin se buscarán dos apoyos próximos que se encuentren en el mismo plano vertical que el blanco, á los cuales se sujetará el fusil sólidamente y una vez apuntado, atándolo con cuerdas embreadas ó alambres que pasando por caña, garganta y arco de guardamonte, aseguren su inmovilidad á cada disparo.

Llegada la noche se esperará á que las tropas se entreguen al descanso y, cuando así se crea, se hostilizará al vivac con toda clase de fuegos, ya por uno ya por otro lado del campo ó por todos á la vez.

Las avanzadas enemigas se limitarán á enviar algunas descargas en dirección á los fogonazos, sin que ni ellas ni fuerza alguna avancen, quedando todo reducido á cambiar muchos disparos; pero se conseguirá al menos sembrar la intranquilidad entre las tropas y que descansen poco y mal.

Antes de apuntar el día, ya la partida reunida se dirigirá con precauciones hacia donde convenga.



CAPITULO VIII

DESTRUCCIÓN DE VIAS DE COMUNICACIÓN

Importancia de estas operaciones y facilidad de su ejecución.—Siendo las vías de comunicación tan indispensables en una campaña ofensiva, ha de comprenderse desde luego que su inutilización, siquiera sea local y de pocas horas, ha de causar al enemigo retraso en las diversas operaciones á que se prestan, pudiendo en ocasiones su destrucción originarle sérios contratiempos.

Siempre resultará perjudicial cualquier entorpecimiento, pero la oportunidad puede á veces ser funesta; de aquí que la voladura de un puente, la destrucción de un túnel ó el corte de una línea telegráfica en las líneas de comunicaciones del contrario, será una operación de transcendencia en determinados casos.

Nada ni nadie en mejores condiciones que una partida para la ejecución de tales empresas: Situada á retaguardia del frente de operaciones enemigo, y atravesada la zona en que opera ó próximas á ellas las líneas de comunicaciones, de continuo estarán estas amenazadas de su destrucción, no obstante cuantos esfuerzos haga el interesado en su conservación, pues es imposible el evitar que durante una noche oscura, lluviosa ó muy desapacible, lleguen dos hombres

sigilosamente hasta las líneas y, estableciendo un hornillo, por ejemplo, den fuego á la carga.

Esta circunstancia y el enorme poder destructor de los muchos explosivos que hoy se conocen, facilitarán al menor descuido del enemigo el que una partida haga en sus líneas de comunicaciones desperfectos de consideración.

Estos pueden intentarse contra los caminos ordinarios, líneas férreas y telegráficas, destruyendo con herramientas, materias inflamables ó pólvoras las obras de arte de la vía ó el material.

Los elementos de que una partida dispone, la rapidéz que ha de presidir sus actos, y la clase de operaciones que ha de llevar á cabo, limitarán algo estas destrucciones, pero será muy raro que, de una ú otra manera, haya imposibilidad de ejecutarlas.

Procedimientos empleados en la destrucción.—

Aun cuando por la separación de materiales, el incendio, etc., pueden inutilizarse en muchas ocasiones las vías de comunicación, generalmente se usarán explosivos para tales destrucciones, preconizando su empleo la mayor rapidéz y facilidad en su ejecución.

Los más generalmente empleados son: la pólvora ordinaria, el algodón pólvora y la dinamita. El expuesto manejo de la nitroglicerina y sus venenosos efectos la hacen poco recomendable en la guerra.

El empleo de los primeros explosivos no podrá

hacerse tampoco á voluntad, pues unas veces se dispondrá de unos y de otros en ocasiones.

Su diferente fuerza explosiva y el empleo que de ellos deba hacerse, determinarán las cargas necesarias.

La relación entre una carga A de algodón pólvora que produzca el mismo efecto que otra P de pólvora ordinaria, viene dada por $A=0'43 P$. Así, por ejemplo, si $P=2$, necesitaremos 860 gramos de algodón pólvora para obtener los mismos resultados que con 2 kilogramos de pólvora ordinaria.

La relación entre una de dinamita D y otra de pólvora ordinaria, será $D=0'40 P$, en donde vemos que 800 gramos de dinamita puede sustituir 2 kilos de pólvora.

Para que la dinamita ó el algodón detonen, es necesario hacer explotar en su masa una cápsula de fulminato de mercurio ó de otras sustancias menos usadas. La primera estalla fácilmente por el choque de dos cuerpos duros en una de cuyas superficies se encuentre un hierro, una piedra, etc. Contra la madera no se produce la detonación.

Hay que tener en cuenta que la dinamita se congela á $7.^{\circ}$; para hacerlas detonar hay antes que calentarla al baño-maria, ó bien aumentar la cantidad de fulminato.

Para la inflamación de una carga, puede emplearse el procedimiento ordinario de dar fuego á una mecha para que ésta la comunique á

aquella, ó bien hacerla estallar valiéndose de una corriente eléctrica.

En el primer caso puede hacerse uso de la salchicha Bickford y la de Larriviere. La velocidad de combustión de la primera, es de 0,^m01 por segundo, y puede emplearse en terrenos húmedos y aún debajo del agua si no está sumergida mucho tiempo, aunque en estos casos disminuye su velocidad de combustión. La de la segunda es de 100^m por segundo.

Como el algodón y la dinamita necesitan para hacer explosión el auxilio del fulminato, se emplean al objeto cápsulas fulminantes que se introducen en la carga, después de sujetarlas al extremo de una de estas salchichas, ó bien cartuchos cebos, en sustitución de estas cápsulas.

Cuando se emplea la electricidad se hace uso de otros cebos llamados termo-eléctrico ó foto-eléctricos, según que se empleen pilas ó aparatos de inducción. Estos van empalmados á los conductores que de ordinario serán de cobre por resultar más convenientes. Pueden ponerse dos hilos, pero el cable único formado por dos alambres es más recomendable, atendido á que en general convendrá que vaya oculto y además es más fácil su colocación.

Para que la carga se inflame, hay necesidad de mandar una corriente á los cebos y hacer con ella detonar al fulminato. Esta corriente puede ser producida, como se dijo, por pilas ó aparatos de inducción.

Las pilas, siquiera sean secas, tienen en campaña los inconvenientes de ser de difícil transporte y los no menos graves de polarizarse con facilidad, por lo cual es más recomendable el segundo procedimiento.

Entre los aparatos de inducción, debe preferirse el explosor Breguet, por ser excelente y el más usado por nuestro ejército. Entre las pilas secas las de Tiebau.

A continuación, y al tratar de la destrucción de las diferentes líneas de comunicaciones y de las obras de arte de las mismas, se dan las fórmulas generalmente empleadas para determinar la cantidad de explosivos necesaria en cada caso, bien entendido que dichas cargas son más bien un límite inferior, pues la naturaleza y forma de las construcciones, la mala disposición de los ataques y el estado de las pólvoras, influyen notablemente en el resultado de las explosiones.

A.—Destrucción de caminos ordinarios.—Aparte de las obras de arte, puentes, viaductos, etc., puede intentarse la destrucción en aquellos lugares de paso obligado, cuya interrupción obligue al enemigo á dar un gran rodeo, ó perder tiempo en su reparación.

Su empleo será de poca aplicación como obstáculo por el mucho trabajo que el corte del camino exige si ha de hacerse con herramientas, y por la gran cantidad de pólvora que se necesita para remover las tierras en una gran exten-

sión; sin embargo hay ocasiones en que la explosión de un hornillo bien colocado, siembra el pánico y la desconfianza en una columna y detiene á ésta en su marcha, lo suficiente para conseguir la partida algún fin propuesto.

Tal sucede cuando en un desfiladero, en las avenidas de una posición ó en otro lugar de paso del enemigo, estalla un torpedo ó una fogata cualquiera.

Si con la destrucción solo se intenta crear un obstáculo, bastará establecer hornillos de mina ordinarios (fig.^a 5.^a) á lo largo de la brecha que se intente abrir, colocándolas en una ó dos filas, según el ancho del camino, y de modo que sus embudos *a c b* se crucen.

La profundidad *h* á que se coloque la carga *C* nos dará en este caso el radio *r* del embudo, por ser $r=h$, y éste el número de hornillos necesarios para la destrucción del tramo.

La carga de un hornillo ordinario es $C=h^3g$ en que *g* es un coeficiente que depende de la consistencia del terreno. Este es para

Tierra ligera.	1'20
Idem ordinaria.	1'50
Areña fuerte.	1'75
Tierras y piedras.	2'00
Arcilla.	2'25

Si suponemos, pues, que el radio del embudo, profundidad ó línea de mínima resistencia, todo igual en este caso, es de 0^m80 y que el camino

es de tierra y piedras, tendremos que $C=0'80^3X$.
 $2=1'024$, necesitándose en consecuencia 1'024 kilogramos de pólvora ordinaria para cada hornillo, y si queremos destruir un tramo de seis metros, siendo de tres el ancho del camino, habrá necesidad de abrir dos filas de cuatro barrenos, situados á 1^m50 uno de otro, á fin de que sus embudos se crucen (fig.^a 6.^a), para todo lo cual se necesitarán 8'192 kilogramos de pólvora.

Para el algodón $A=0'43$ $P=0'43$ $C=0'441$ kilogramos, y para la dinamita de primera $D=0'40$ $P=0'40$ $C=0'410$.

Para todas estas fórmulas, se supone la carga en forma cúbica, de mayor efecto que la alargada, así es que, teniendo esto en cuenta, habrá que aumentar en algo la cantidad de explosivos. Redondeando serán, pues, necesarios para el ejemplo anterior 1.100 kilogramos de pólvora y medio kilo de algodón y dinamita.

Cuando haya varios hornillos próximos, convendrá hacerlos explotar simultáneamente por el mayor efecto que así producen. A este objeto, puede emplearse la salchicha rápida de Lariviere, cuyos extremos, saliendo de cada hornillo, se hacen terminar en un reguero dispuesto sobre un tablón próximo.

Los barrenos se atracan cubriéndolos con tierra, tablones, piedras, etc.

B.—Destrucción de puentes y viaductos.--La destrucción de un puente ó viaducto, puede efectuarse atacando las pilas, los estribos ó el table-

Figura 5ª

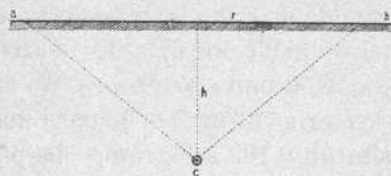


Figura 6ª

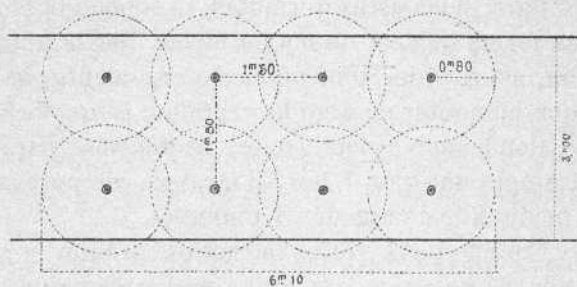
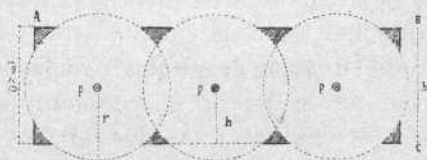


Figura 7ª



ro, empleándose uno ú otro de estos procedimientos según su construcción y resistencia y desperfectos que se tratan de producir.

Generalmente, ya sea el puente de hierro, piedra ó madera, son de mampostería las pilas y estribos.

Las disposiciones comunmente adoptadas para destruir ambos sostenes, consisten en colocar en un mismo plano horizontal. A., B. C. (fig.^a 7^a) una serie de hornillos, p p p, que tengan por línea de mínima resistencia el semiespesor de aquellos B b, y á distancia tal, que sus embudos se crucen.

Para la colocación de las cargas, pueden abrirse ramales de mina en una de las caras, ó bajarlas por medio de pozos verticales, abiertos desde el piso del puente

Estas se calculan por la fórmula $C = g n^3 h^3$, teniendo en cuenta que r es el radio del embudo, h , la línea de mínima resistencia, $n = \frac{r}{h}$ que aquí conviene sea 1'50, y g un coeficiente que es para

Mampostería húmeda.	1'90
Idem mediano.	2'50
Nueva muy buena.	3'00
Vieja ídem.	3'50
Romana.	4'00

Suponiendo, pues, que la obra sea de buena mampostería, y que el espesor de la pila ó estribo sea de 1^m40, la fórmula nos dará

$C = 3 \times 3'375 \times 0'343 = 3'473$ kilogramos de pólvora en cada hornillo.

El número de estos vendrá indicado por su distancia, la particularidad de cruzarse y la anchura de la pila ó estribo.

Las relaciones establecidas entre la fuerza de los explosivos, nos dará la carga necesaria para ellos:

$$A=1'494 \text{ kilogramos y } D=1'390.$$

Para la más completa inutilización de las pilas deben colocarse los hornillos lo más próximos posible á los cimientos, operación bien fácil en los viaductos. En los puentes, se buscará una pila al descubierto, y de no haberla ó no convenir su destrucción, se colocarán por encima del nivel del agua.

A fin de hacerlos explotar simultáneamente, se empleará el procedimiento ya indicado en la destrucción de caminos, colocando el tablón á lo largo del paramento y debajo los ramales muy próximos á los cabos de las salchichas.

Con objeto de emplear menos tiempo en los preparativos, suele acudirse al sistema de aplicar los explosivos libremente ó con ligeros atraques contra los objetos que se quieren destruir, pero este procedimiento tiene el inconveniente en este caso de exigir gran cantidad de pólvoras, consecuencia inmediata de las malas condiciones en que para desarrollar sus efectos destructores se las coloca.

En el caso citado, habria necesidad de colocar adosada al pié del muro una carga de 22'442 kilogramos de pólvora por metro corriente de anchura.

Por la dificultad que una partida tiene de disponer y aún de transportar estas enormes cantidades de explosivos, y por el mucho tiempo que el primer sistema exige en la preparacón, raramente podran emplearse ambo procedimientos, si no es contra puentes de hierro ó madera, cuyas pilas no suelen tener gran espesor. En todo caso, siempre se preferirá la dinamita.

La destrucción del piso, firme ó tablero del puente, aparte de ser de fácil reparacón, exige también grandes cantidades de pólvoras, por cuya razón no conviene hacerse.

Un puente colgante, se destruye cortando los cables ó cadenas. Con 2 kilógramos de dinamita basta para romper un cable de buen alambre de 0^m05 de diámetro, disponiéndola alrededor de éste sobre una misma seccón.

Respecto á los puentes de hierro, como generalmente tienen sus pilas de mampostería, se destruirán estas, con las cuales caerá el tablero y se inutilizarán muchas vigas de hierro, siendo luego difícil que estas mismas puedan otra vez emplearse.

Sin embargo, puede haber ocasiones en que sea necesario atacar las vigas del tablero y entonces se aplicarán las cargas adosadas y concentradas en los puntos de mayor resistencia.

Siendo *a* y *b* respectivamente, la anchura y espesor en metros de la seccón rectangular, y aplicando la dinamita al lado mayor, las fórmulas usadas de ordinario son:

$D=1500$ a b^2 para piezas de fundición.

$D=3000$ a b^2 para id. de hierro ordinario, y

$D=6000$ a b^2 para id. de hierro especial.

Para romper un hierro en forma de T ó doble T, se necesitan cargas de 0'03 y 0'05 kilogramos, respectivamente, por centímetro cuadrado de sección.

Los puentes de madera son de más fácil destrucción.

Con la dinamita, la que siempre se prefiere, se destruye un pilote de pino de 0m36 de diámetro, adosando una carga de 1'400 kilogramos en una misma sección, ó bien haciendo un taladro en el sentido del eje y cargándolo con 0'240 kilogramos.

Un pilote cualquiera ó viga (fig.^a 8.^a), se destruye abriendo un agujero de 0m04 de diámetro y de una profundidad igual á las tres cuartas partes de aquél, y colocando en su interior una carga de dinamita deducida de la fórmula

$$D.=3 d^2$$

en la que d representa el diámetro ó mayor dimensión de su sección transversal. La carga en este caso, bien atacada, ocupará solamente el último tercio de la profundidad.

Cuando haya de adosarse la carga en forma de aro alrededor del pilote, se calcula por la fórmula

$$D=20 d^3$$

y se aseguran los cartuchos con una banda de tela.

Con objeto de abreviar la operación y facilitar

el atraque, conviene emplear, y da excelentes resultados, el petardo representado en la fig.^a 9.^a

Consiste este en una varilla A, B, de unos 0^m02 de diámetro y 0^m20 de larga y que termina en un extremo por un disco d, d, de 0^m05 y por rosca en el otro. Esta varilla se introduce en el interior de un tubo de estaño c, d, c, d, de diámetro poco inferior al del disco, sobre el cual se apoya, y después de cargado, se cierra por el otro extremo con otro disco de hierro c, c, que se sujeta con una tuerca contra el tubo, y que tiene un pequeño agujero *a* para introducir la mecha.

Estos petardos pueden llenarse con tiempo y llevarlos dispuestos con la carga necesaria para producir la rotura de la viga ó pilote.

Abierto con una barrena en la pieza que se trata de destruir un agujero de diámetro y profundidad suficientes para contenerle, se le introduce á golpes y cuidadosamente con un martillo.

Otro de los procedimientos usados para destruir los puentes de madera es el de incendiarlos valiéndose de materias inflamables y substancias muy combustibles. Tiene este sistema sobre el de los explosivos la ventaja de mayor inutilización de materiales, y hace por consiguiente más difícil la recomposición, pero en cambio tiene también varios inconvenientes, pues los preparativos necesarios exigen mayor tiempo y materiales y son muy dudosos sus resultados cuando la madera está muy húmeda, el tiempo no es favorable ó el

enemigo se apercibe del incendio á tiempo de cortarlo.

Ultimamente, y tratándose de ciertos puentes pequeños con tornapuntas, pueden medio aserrarse estos y las vigas, dejando que el peso de un gran peso complete su destrucción.

C.—Destrucción de túneles.—La destrucción de un túnel será de más ó menos importancia según la clase de terreno en que esté abierto y los destrozos en él ocasionados.

Los de roca son poco recomendables para esta clase de operaciones por la dificultad de colocar las cargas, y los pequeños desperfectos ocasionados por las voladuras.

En todos los demás que hay necesidad de revestir se pueden crear obstáculos de mayor importancia, destruyendo algun trozo de mampostería que arrastre consigo gran cantidad de tierras.

El mejor sistema consiste en establecer hornillos, h, h (fig.^a 10), de embudos cruzados, á un metro ó metro y medio por detras del paramento de entrada ó salida y á ambos lados de la vía, con cuyo procedimiento saltarán los sillares de éste, cayendo los de todo el arco, detras del cual se desprenderá la tierra de los taludes, amontonándose sobre la vía una gran cantidad de materiales, retirados los cuales aun será peligrosa la circulación de trenes por el continuo desprendimiento de tierras que la trepidación traerá consigo, cuya circunstancia obligará al enemigo á invertir bastante tiempo en su reparación.

Figura 8ª

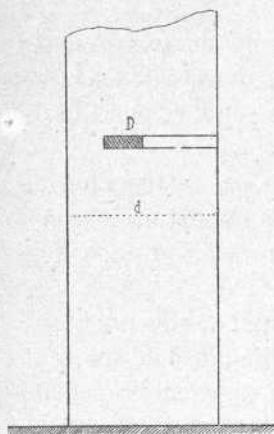


Figura 9ª

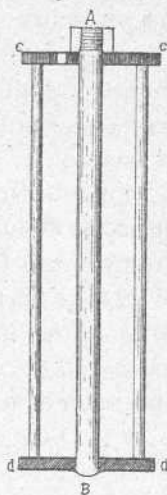
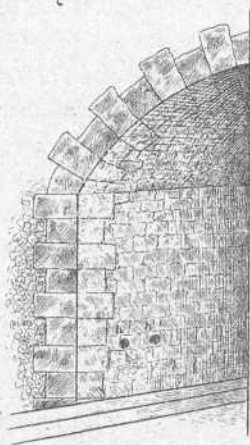


Figura 10



Si los barrenos no pudieran abrirse por cualquier circunstancia, puede hacerse su destrucción más al interior del túnel, buscando los agujeros que para salida de las aguas filtradas suelen dejarse en estas construcciones.

La fórmula que dá el valor de las cargas es igual á la de los estribos de puentes.

$$C = g n^3 h^3,$$

en la g es el coeficiente para distintas clases de mampostería; $n = \frac{r}{h} = 1.50$, y h es la línea de mínima resistencia.

Si suponemos pues que los primeros hornillos se establecen á un metro y los segundos á 1^m60 y que su línea de mínima resistencia es igual á un metro, la carga de pólvora necesaria para cada hornillo será $C = 2.50 \times 3.375 = 8,438$ kilogramos si la mampostería es mediana. Con dinamita $D = 3,375$ kilogramos.

Para aumentar los efectos explosivos en la construcción conviene hacer un buen atraque de los hornillos recubriendo los barrenos con tablo-nes y piedras.

Raro será que conocida la existencia de la partida, no procure el enemigo evitar tales destrucciones construyendo blockhaus á la entrada y salida de los túneles, pero antes de que esto suceda ha podido hacerse mucho.

En la imposibilidad de destruir ya los túneles por vigilar el enemigo sus bocas, pueden aún causarse graves desperfectos atacando los numerosos muros de revestimiento que en los pai-

ses montañosos guarnecen las trincheras. A este objeto bastará colocar cargas de dinamita en los agujeros que para salida de aguas filtradas tienen.

D.—Destrucción de vados.—En algunas ocasiones pueden aprovecharse los vados, prestando, á falta de puentes, los mismos servicios que estos.

En los terrenos montañosos, el poco caudal de los ríos y su rápida corriente, da lugar á la formación de infinidad de vados; sin embargo no son todos aprovechables por lo encajonado del cauce y lo escarpado de sus orillas.

Cuando quiera privarse al enemigo de pasos de esta clase, podrán emplearse dos procedimientos: Cubrir el paso de obstáculos que impidan la circulación, ó bien aumentar la profundidad del río en aquel paraje.

Ambos medios son de difícil y lenta realización por la dificultad de cortar completamente el paso, máxime en los ríos de montañas, cuyo fondo está de ordinario formado por grandes lastras ó piedras desprendidas y arrastradas por las crecidas y temporales. Sin embargo, la inutilización parcial del vado por medio de hornillos que se hacen estallar en el fondo, es de excelente éxito por el efecto moral que produce y retraso que origina cuando se ejecuta durante el paso de las tropas.

Para conseguirlo bastará depositar en el fondo una carga de un explosivo cualquiera, encerra-

do en botellas, recipientes de barro cocido, odres ó cajas calafateadas, y darle fuego por un medio cualquiera eléctrico ó automático.

Cuando no hay fondo suficiente para que estas cargas queden ocultas, se colocarán enterradas, en algún hueco ó entre dos piedras.

Si los embudos producidos no obstruyen el paso, al menos lo dificultan y retardan.

La carga necesaria viene determinada por el embudo que se trata de producir, teniendo en cuenta que el caso no es otra cosa que un hornillo ordinario, en el que el agua ó las piedras sirven de atraque.

Cuando no se disponga de dinamita, siempre preferible en estos casos por ser la pólvora muy higrométrica, puede colocarse la carga en un pequeño odre ó pellejo de los empleados para el vino, más propio que una dama-juana por su fácil adquisición, transporte y hermético cierre.

En él (fig.^a 11) se introduce hasta el fondo la salchicha ó los conductores con su cebo correspondiente, y después se vierte la pólvora necesaria, ajustándola al odre con una fuerte ligadura en *c*. La mecha ó los conductores *m, m, m*, atraviesan por esta y la boca *b* del pellejo que ha de estar bien recubierta de pez y sólidamente atada; y á fin de que aquellos no se desprendan del cebo, se les asegurará rebatiéndolos sobre el cuello y ligándolos con una cuerda.

Así dispuesto el pellejo, se deposita lastrado,

se entierra ó se esconde en el fondo, según el lecho y profundidad del vado.

El fuego á la carga se comunica al paso del enemigo, bien con el explosor desde lugar apropiado ó bien, y esto es preferible, automáticamente por él mismo.

De los distintos procedimientos empleados para conseguir esto último, se tratará al estudiar los torpedos.

E.—Destrucción de líneas férreas.—La inutilización parcial de una línea férrea puede conseguirse destruyendo, aparte de sus obras de arte; túneles, puentes, muros, etc., ya explicado, el material fijo y móvil de la misma, como son los carriles, agujas, placas giratorias, depósitos y tomas de agua, locomotoras, etc., etc.

La destrucción de unos cuantos carriles, es avería de poca importancia, por la facilidad de substituirlos en corto tiempo. De escasa monta es también la de las placas y agujas.

El único medio de inutilizar la vía por algún tiempo, se consigue destruyendo la superficie de explanación en un terraplén ó trinchera al paso de un tren, ó bien descarrilando á este en un túnel ó puente. La acumulación de materiales averiados, y la dificultad de evitarlos con una vía provisional, obliga á suspender por algún tiempo la circulación.

A este efecto se colocan en donde mejor convenga, y debajo de los carriles ó enterradas muy próximas, fuertes cargas de dinamita á las que

Figura 11

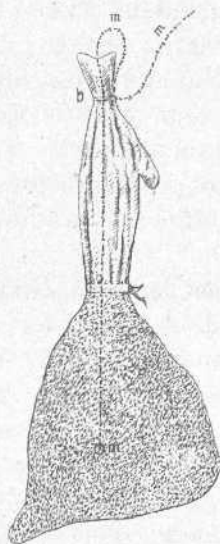


Figura 12



Figura 13



se dá fuego por medio del explosor ó de otro procedimiento, en el momento en que la máquina ó el tren pasan sobre los hornillos. Dos ó tres cargas de á kilo, espaciadas un par de metros y unidas por algunos cartuchos que las hagan explotar simultáneamente, serán suficientes.

Como la primera condición que la colocación de estas cargas exige, es que no sean descubiertas por las fuerzas de reconocimiento de la vía, se ha de procurar ocultarlas sin remover apenas las tierras de la explanación, á cuyo fin bastará colocarlas (fig.^a 12) debajo de alguna descarnada traviesa *c* ó en algún hueco *c'* que el balasto deje debajo de algún carril, recubriéndolas luego con aquél. Los alambres ó el cable único, conveniente en estos casos, se llevará hasta el andén ó senda que hay á lo largo de la línea, recubriéndolo con grava y bien sujeto con horquillas al terreno. El andén se salva introduciéndolo en una ranura hecha con la punta de un cuchillo, sujetándolo del mismo modo al suelo y recubriéndolo del mejor modo posible, para que no quede la menor huella. Pasado de aquí el hilo, se oculta ya con facilidad.

Si en la vía existe, próximo al lugar elegido para la voladura, algún pequeño puente, tapia ó alcantarilla hará bien en aprovecharse para colocar la carga, metiéndola sobre el estribo y entre los largueros, si estos son de carriles ó vigas, como indica la fig.^a 13, y llevando los alambres por *a a* hasta salir de la vía,

Con menos probabilidades de ser descubiertas, pueden colocarse las cargas en el interior de los túneles y á unos cien metros de la boca. Los conductores en este caso, se llevarán por el lugar más oculto de la cuneta, subiendo á la salida por los taludes más cubiertos hasta el lugar en que el encargado del explosor esté situado, quien por su parte no lo hará jugar hasta que la cola del tren vaya á entrar en el túnel.

Ultimamente, se utilizarán para borrar los rastros durante la estación de invierno, las frecuentes nevadas y lluvias tan comunes en las zonas en que han de operar las partidas.

La inutilización de una locomotora se consigue haciendo explotar en su caldera kilo y medio ó dos de dinamita, según el tipo de máquina, es decir, según sea de mediana ó alta presión.

La carga puede introducirse entre los tubos de la caldera por la caja de humos; pero para que la destrucción sea más completa, convendrá apagar el fuego de su hogar y hacer salir el agua y el vapor, conseguido lo cual, que es cuestión de quince ó veinte minutos, se mete aquella en su interior quitándole uno de los tapones de lavado.

También puede inutilizarse, si ya tiene mucha presión, haciendo subir ésta después de poner cuñas en la válvula de seguridad, á fin de que la caldera estalle.

F.—Destrucción de líneas telegráficas.—La inutilización de una línea telegráfica, bien sea colgada ó tendida, se consigue destruyendo las pilas

y aparatos de las estaciones ó cortando la comunicación entre éstas, rompiendo los hilos, postes y aisladores.

Si las averías no son de mucha consideración, bien pronto el enemigo ha de repararlas, por cuya razón su destrucción no ha de constituir operación principal á menos que aquella se haga en gran escala y en ocasiones que originen serios perjuicios al enemigo.

Aún habrá casos en que una partida cruce estas líneas sin tocarlas por no convenirle delatar su presencia ó dejar rastro de su paso.

Para destruir los aparatos de recepción, transmisión, galvanómetros, traslatores, conmutadores, para-rayos, baterías, etc., todos delicados de cualquier sistema que fueren, bastará emplear la culata de una tercerola. Los postes se echan á tierra con hacha ó dinamita y luego se queman. Los alambres se parten con las tijeras y en su defecto, con un hacha ó sable, dividiéndolos en pequeños trozos, con lo que se dificulta y retarda el empalme.

Con la interceptación de telegramas, no debe uno hacerse ilusiones. Es muy difícil y casual conseguirlo y, aun después de interceptarlos, ó no son de importancia ó van cifrados.

CAPITULO IX

TORPEDOS Y FOGATAS

Torpedos terrestres.—Se llaman torpedos, las minas automáticas, cuya explosión es producida inconscientemente por el enemigo mismo.

En general, consisten en una carga explosiva encerrada en un recipiente más ó menos sólido; una botella, una lata, un saco, una caja, una granada, etc., enterrado á poca profundidad ó descubierto en ocasiones y provisto de una espoleta ó estopín, dispuesto de un modo ingenioso para hacerle estallar á la llegada del enemigo.

El uso y aplicación oportuna y bien estudiada de los torpedos, proporciona á una partida un terrible elemento de defensa y destrucción.

Aparte del efecto material que producen, tienen extraordinario influjo en la moral de las tropas enemigas.

Dispuestos ingeniosamente en las vías de comunicación, desfiladeros, puentes, vados, túneles y aún en los mismos lugares en que se presume, ha de vivaquear el enemigo, se consigue que éste no disponga de un solo momento de tranquilidad, pues la repetición frecuente de accidentes originados por ellos, hará ver en el más sencillo objeto, en un alambre, una piedra, en el más ligero movimiento de tierra, en una simple señal, la muestra inequívoca de su existencia, y el soldado renegará, desesperado al fin, de una guerra

sostenida á todo trance y con tales medios por un enemigo invisible, astuto y tenaz, á quien es imposible vencer y menos aún dominar.

Hay infinidad de procedimientos automáticos para dar fuego á los torpedos, pero los generalmente usados, consisten en detonadores ó bien sencillos cebos termo-eléctricos. Entre los primeros están las espoletas químicas, las fulminantes y los estopines de fricción.

La espoleta química de Jacobi (fi.^a 14), se compone de un cilindro de plomo, de paredes muy delgadas, en cuyo interior van colocados con cierta holgura otros dos *t, t*, de cristal, cerrados y llenos de ácido sulfúrico y clorato de potasa, respectivamente. Al recibir un choque, se abolla el plomo, se rompen los tubos y la reacción química que se produce inflama el polvorín que lleva al pié, y éste comunica el fuego á la carga.

La espoleta fulminante de Brook (fig.^a 15) consiste en un cilindro de madera, forrado de metal y con dos ó tres agujeros, en los cuales se introducen otros tantos tubos *t, t, t*, llenos de una mezcla de fulminato de mercurio y vidrio machacado. En la parte superior, hay un casquete de cobre muy delgado, *c*, que cede al más ligero choque, y éste produce la inflamación. Un casquete de seguridad más consistente *s*, que puede quitarse á última hora, previene cualquier accidente.

El estopín ordinario de fricción, de sobra conocido, no es sino una espoleta fulminante.

Cuando haya de emplearse la electricidad, será necesario hacer uso del cebo termo-eléctrico ó foto-eléctrico. En este caso estriba el procedimiento en procurar sea cerrado por el mismo enemigo, un circuito hasta entonces abierto. El paso de la corriente inflamará el cebo.

La instalación de estos torpedos debe hacerse en tales condiciones de arte, ingenio y disimulo, que sea muy difícil el que dejen de explotar oportunamente y que el enemigo los evite descubriéndolos. Como ejemplo pueden citarse algunas disposiciones de ellos:

La fig.^a 16, representa el colocado para volar un tren. Dispuesta la espoleta *e*, untada de cal ó barro, en el lado interior del carril, y sujeta y medio oculta ú oculta completamente por algunas piedras de la misma vía, es magullada al pasar la máquina, por la pestaña de una de sus ruedas, y tiene lugar la explosión al comunicarse el fuego á la carga *c*.

Si este torpedo puede colocarse en un puente ó en el interior de un túnel se conseguirá, aparte de sus efectos sobre la vía y el tren, inutilizar temporalmente aquellas obras.

Otro procedimiento es el de rellenar con una pasta explosiva el espacio ó juego (fig.^a 17) que los carriles tienen para su dilatación, mezclando el fulminato ó fósforo con plombagina á fin de disimular su color. El paso del tren producirá la explosión.

También puede en ocasiones colocarse un ful-

Figura 14

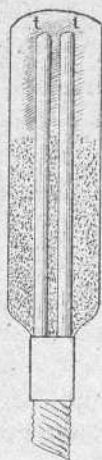


Figura 15

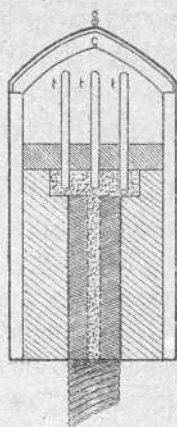


Figura 16

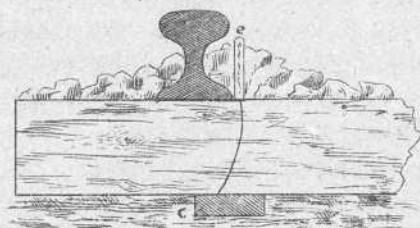


Figura 17



Figura 18



minante ó la misma espoleta química debajo de los carriles y sobre un piso consistente ó traviesa, pues no es extraño observar que muchos de aquellos, al enterrarse estas por su mal bateado y presiones que sufren, quedan al aire á trechos. El paso de la máquina encorva entonces el carril en c (fig.^a 18) y, si debajo de éste se coloca una espoleta, es segura su inflamación.

Cuando una nevada sostenida, caiga sobre la línea prometiendo cubrir la vía, bastará colocar la espoleta simplemente sobre el rail, sujetándola contra éste por medio de un alambre, adosando al pié la dinamita y recubriendo la corta salchicha rápida que las ha de unir con tiras de gutapercha bien pegadas. No debe olvidarse en este caso el emplear un cartucho cebo con gran cantidad de fulminato.

En los caminos se dispondrán varios torpedos al trebolillo y de manera que sus espoletas, manchadas convenientemente, sobresalgan muy poco del piso, uniéndolos después con salchichas enterradas que hagan simultáneas las explosiones.

Si el torpedo desea colocarse en un vado, pueden también emplearse las espoletas químicas, eligiendo cuidadosamente aquellas que estén bien cerradas, disponiendo varias para mayor seguridad de éxito y uniéndolas á la carga con salchichas Bikford lastradas y bien recubiertas de grasa ó guta. Aun cuando el plomo de la espoleta se abolle, el agua no penetrará en el inte-

rior, y la reacción química tendrá lugar con toda su energía.

Como la combustión de estas mechas es lenta, no convendrá darles mucha longitud, á fin de que no se note aquella, cosa no tan fácil si se tiene en cuenta el ruido y agitación que en el agua se produce al paso de la tropa.

En los mismos lugares en que se presume con fundamento que una columna ha de acampar ó vivaquear, pueden así mismo los torpedos emplearse con seguros resultados.

En efecto, nadie que conozca al soldado ignorará que, una botella, una lata, un haz de leña seca, son objetos que, uno ú otro, siempre recojen. Ahora bien, si estos se colocan sobre un torpedo y atados á un estopín con alambre, éste, al levantarlos, hará las veces de un tira-frictor y prenderá fuego á la carga.

La fig.^a 19, da idea de una disposición semejante: Una lata de petróleo, con un agujero en el fondo, por el cual atraviesa una cuerda con una muletilla *m* en su extremo, cubre una granada, *g*, colocada en un surco, y que en el lugar de la espoleta lleva un estopín al que va sujeta la cuerda por el otro extremo. La granada y el fondo de la lata van cubiertos de hojarasca ó de broza.

En estos mismos campamentos, un madero que estorba el paso, un tablón que bascula, un alambre que se cruza en cualquier entrada, una cuerda de un pozo, son medios sobrados para hacer estallar un torpedo.

Si el enemigo acostumbra á acampar periódicamente ó con frecuencia en un sitio determinado, que luego abandona, y en este lugar hay una cabaña, un caserio ó cualquier morada abandonada que ofrezca regulares condiciones de albergue, podrá entonces un torpedo producir el máximun de sus desastrosos efectos si, como es natural, aquella es ocupada por el jefe de la fuerza con sus ayudantes y servidumbre.

Ante las grandes probabilidades de que esto suceda, pueden colocarse con tiempo y en lugares apropiados, bajo el piso, el hogar, las escaleras, etc, diferentes hornillos formados con paquetes de dinamita ó granadas y en comunicación unos con otros por medio de salchichas Larrivière, convenientemente ocultas, á las que para mayor aprovechamiento no se dará fuego hasta la noche, para lo cual bastará que trascurren algunas horas desde que el fuego se inicie hasta que lo reciba la mecha ó uno de los hornillos.

Entre los varios medios que para conseguirlo pueden intentarse no es el menos acertado disponer á un par de metros del hogar y en el interior de una chimenea, una mecha de algodón como las que emplean para sus mecheros algunos fumadores, de tanta longitud como sea necesario (tres metros tardan próximamente un par de horas en consumirse) y provista en su extremo (fig.^a 20^a) de un trozo de yesca bien seca. Esta media m, m, m, m, se lleva sujeta con grapas por las paredes de la chimenea y se hace despues

bajar por una de ellas hasta su empalme s con la salchiéha rápida, incrustando la parte visible ó inferior de aquella en un surco hecho en la misma y cubriéndola con un listón l que luego se recoje con yeso embadurnado de hollín.

Encendido el fuego en la cocina, las chispas encenderán la yesca y aquél prenderá en la mecha que sin ruido y sin olor, pues el tiro arrastrará el humo, irá lentamente ardiendo hasta s, verificándose la explosión dos ó tres horas despues de iniciado el fuego y acaso coincidiendo aquella con la primera alarma provocada por la partida durante la noche.

El empleo de la electricidad para hacer explotar los torpedos no es recomendable en los preparados por la partida, porque obliga á transportar pilas, de las que no siempre se dispone, y que por otra parte, siempre se pierden por caer en poder del enemigo.

Fogatas.— Tanto por la rapidez de su ejecución y pequeño desmonte de tierras como por la necesidad de que queden ocultas al enemigo, solo se construirán por la partida aquellas rápidas que dejen el piso ó la superficie del terreno completamente rasa y disimulando el trabajo todo lo posible.

De ninguna aplicación para combates rápidos, únicamente la tienen en la defensiva cuando el enemigo se ve precisado á salvarlas para alcanzar la posición, por todo lo cual solo en casos muy excepcionales las construirá la partida. Tal

Figura 19

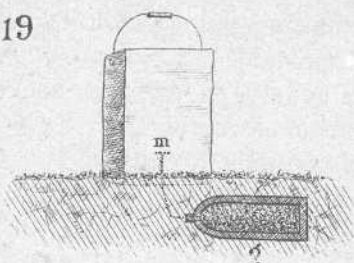


Figura 20

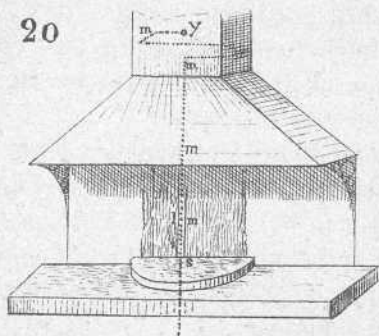
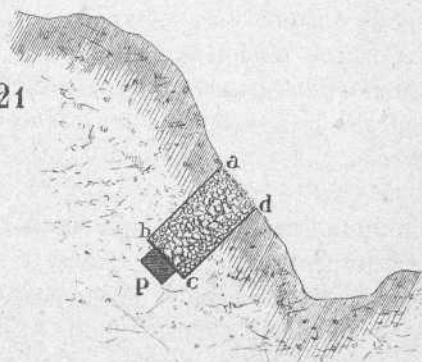


Figura 21



sucedará cuando en la posición elegida haya una avenida única de difícil defensa por la imposibilidad de barrerla con los fuegos ó de batirla á cubierto, ó bien cuando en un paso obligado, imposible de defender y en el que ha de apelotonarse una columna, la configuración especial del terreno permita su establecimiento en inmejorables condiciones y sin ser notado por el enemigo. En este caso un par de hombres son los encargados de hacerla explotar oportunamente desde un sitio seguro, pero á falta de éste se confía á las espoletas esta oportunidad, en cuyo caso ya no viene á ser la fogata más que un torpedo especial.

La fig.^a 21.^a dá idea de una fogata establecida sobre un talud y en un recodo del camino, al objeto de que su cono de proyección caiga sobre él y las fuerzas que lo ocupen.

Elegido el punto en que ha de construirse, que ha de ser en la parte inferior del talud, se quitan cuidadosamente de él con un cuchillo los tepes necesarios á la dimensión de la fogata y se hace después una excavación cilíndrica, *a, b, c, d*, de diámetro y profundidad variable, cuyo eje tenga una inclinación de 45.^o próximamente, y orientada cual si fuera el ánima de un obús que ha de batir el camino. En el fondo de dicha excavación se hace otra para la caja cúbica de pólvora, *p*, explosivo preferido, pues los demasiados vivos, como la dinamita, rompen los taludes, y sobre ésta se coloca el tablero bien reforzado

y de un espesor adecuado á la carga. Encima se colocan las piedras, teniendo cuidado de que las mayores queden en el centro, y sobre estas un poco de tierra y últimamente los tepes que se habian arrancado, disimulando el trabajo todo lo posible, á cuyo fin se sujetan las salchichas ó conductores con grapas que los entierren entre el césped y se recoge la tierra sobrante, ocultándola en cualquier sitio próximo.

La profundidad y diámetro de la excavación nos dará su volúmen y éste el peso de las piedras, con que ha de rellenarse sabiendo que 1m^3 de piedras pesa 1300 kilogramos ó que $1'3$ gramos es el peso de un centímetro cúbico.

La carga viene determinada por la fórmula $C=m\left(2+\frac{p \cdot d}{15200}+\frac{1}{3}\left(2+\frac{p \cdot d}{15200}-0'0055 p\right)\right)$, en la que

$$\begin{array}{l}
 m=\text{coeficiente de} \\
 \text{pendiente del terre-} \\
 \text{no, es}
 \end{array}
 \left\{
 \begin{array}{l}
 =1 \text{ para terreno de mediana} \\
 \text{consistencia} \\
 =\frac{17}{20} \text{ para los de máxima} \\
 =\frac{23}{20} \text{ para los de mínima}
 \end{array}
 \right.$$

p es el peso de las piedras que han de proyectarse, y d distancia media á que han de lanzarse las piedras.

Sabido esto, si queremos agrupar los proyectiles á una distancia de 100m de la fogata, y hacemos una excavación de 120 centímetros de profundidad por 40 de diámetro, como el volumen de este cilindro es $\pi r^2 l = 3'14 \times 20^2 \times 120 = 150720$ centímetros cúbicos, el peso de las piedras con

que se llene será $150720 \times 0'0013 = 195'936$ kilogramos; 200 en términos redondos, lo que no es mucho aumentar si se tiene en cuenta el escape de gases.

Si con estos datos, suponemos el terreno de consistencia media, la carga será entonces:

$$C = 2 + \frac{200 \times 100}{15200} + \frac{1}{3} \left(2 + \frac{200 \times 100}{15200} - 0'0055 \times 200 \right) \\ = 4'030 \text{ kilogramos.}$$



CAPITULO X

SERVICIOS COMPLEMENTARIOS

Espionaje.—El servicio de espionaje ó confidencias es de la mayor importancia á una partida, y el jefe de ella debe por lo tanto procurárselo eficazísimo por todos los medios.

El oficio de espía es infamante cuando se ejerce contra la patria ó el traidor vende sus servicios, pero cuando se abraza por amor al país, sin más estímulo que el entusiasmo por su causa y constante deseo de su triunfo; cuando el noble espíritu de independencia guía sus actos, y presta su incondicional y acaso único apoyo posible á costa de graves peligros, desvelos y sobresaltos, el espía no es ni infame ni cobarde; es un leal patriota y, si cae, un mártir sagrado de la patria.

En el caso desgraciado de una invasión, cuando las tropas enemigas desfilen ante los habitantes de una comarca, han de verlas éstos con mezcla de coraje, odio y terror, cuyos diversos sentimientos se traducirán en un vehemente deseo de verlas derrotadas y vencidas, tanto, que si el miedo no imperase en muchos, todos sin excepción contribuirán de diferente manera á realizar tal deseo.

Estos mismos sentimientos se despiertan más si cabe, si poco tiempo después se ven tropas

amigas. La presencia de nuestro sufrido soldado, del débil que lucha contra el fuerte, de aquél que todo lo sacrifica y que no teme, de nuestro compatriota, de nuestro hermano, vence todo temor, enciende la llama del patriotismo en los apáticos, y la explosión de entusiasmo que hace á unos buscar las armas, resuelve á otros, más débiles ó más valerosos, á protegerlos previniéndoles de las asechanzas del enemigo común y proporcionándoles ocasiones de éxito en toda clase de empresas.

El pastor, el arriero y el campesino pueden prestar excelentes servicios con sus informaciones, é inmejorables si se dedican exclusivamente á esta misión, relacionándose secretamente con otras personas, que por su mayor ilustración ó especial situación respecto al enemigo, puedan adquirirlas.

Conocida una noticia de interés para la partida, todo estriba ya en hacerla llegar á ésta, para lo cual pueden seguirse infinitos procedimientos; desde el primitivo sistema telegráfico de hogueras que señala un suceso previsto, hasta el despacho convencional por signos; desde el simple parte verbal, hasta la carta sin ninguna particularidad aparente.

Claro está que, ignorando muchos de los espías en la mayoría de estos casos, el lugar que por entonces ocupa la partida, no podrán entenderse directamente con ella, pero tales señales y avisos, repetidos con la mayor celeridad por algunos,

serán vistos por sus centinelas ó sabidos por aviso verbal del confidente más próximo.

Es inútil entrar en detalles sobre este importante servicio, ni mucho menos reglamentarlo. Las circunstancias de toda clase, la astucia del espía, su temeridad combinada con los diferentes medios de aviso; cohetes, disparos, campanas, bocinas, hogueras, luces de colores, señales en los caminos, etc., le indicarán en cada caso el procedimiento más rápido y acertado de hacerse entender.

El jefe de la partida debe tratar directamente con los confidentes, á quienes ha de guardar la consideración que su desinteresado y poderoso concurso merece, teniendo con ellos las mayores atenciones sin reparar en su condición de hombres rudos. Con esto conseguirá ganarse entre ellos profundas simpatías, que siempre redundarán en su provecho por la atmósfera que harán en la comarca y porque su afección personal será otro aliciente para ellos.

Aparte de los servicios confidenciales que los espías prestan en lo que á operaciones y datos del enemigo se refiere, pueden servir de excelente auxilio para que la partida se provea de víveres determinados y otros recursos necesarios en ocasiones.

A este fin se les comisionará para que, provistos del oportuno aviso resguardo, gestionen en los poblados su adquisición y transporte á lugar conveniente, cuya última operación pue-

den verificar secretamente en pequeñas remesas, ó bien conduciéndolas de un pueblo á otro en ocasiones en que le sea fácil ocuparlos á la partida ya prevenida para ello.

Ordenes é instrucciones.—Asumiendo el jefe de la partida la responsabilidad de cuantos actos realice la misma, nada se ha de hacer por ésta sin su expresa autorización.

En los casos en que una fracción sea comisionada para determinada operación, ha de llevar ó recibir su comandante órdenes ó instrucciones que concreten su cometido y que serán más ó menos amplias según sea éste.

Las instrucciones, pues tales serán en la mayoría de los casos, convendrá, si son escritas, expresarlas con toda claridad y concisión y de manera que no se presten á varias interpretaciones, que siempre hacen dudar y que por lo general nunca se aciertan. Especialmente en las citas de lugares y direcciones no cabe vaguedad, debiéndose precisar éstas todo lo posible.

En las verbales, el que las dá, debe siempre cerciorarse de que son bien entendidas por el que ha de cumplirlas ó conducirlas.

En todos los casos se ha de procurar ante todo penetrar al subordinado de lo que se desea, pues ya los medios de ejecución él los empleará con arreglo á las situaciones del momento, su criterio crítico y mejor deseo.

No debe olvidarse que toda orden ó instrucción ha de dividirse en dos partes principales.

1.^a—Orientación general: Lo que se sabe del enemigo y lo que se trata de conseguir en conjunto.

2.^a—Misión especial que se confía al que la recibe.

Cuando se trate de llevarlas á un comandante de fracción ó á cualquiera otra persona algo distante, se indicará siempre la hora de salida y la urgencia de su expedición, regresando el portador con el enterado y hora de llegada, ó bien, si es muy urgente, expresando el que la recibe aquellos extremos con una señal, prevenida en la misma orden, cuando la distancia lo permita.

Para la transmisión podrán unas veces emplearse ordenanzas montados y otras convendrá servirse de espías; tal sucederá cuando vayan dirigidas á personas que desde lugares ocupados por el enemigo obren en combinación con la partida.

Partes.—Es en campaña de la mayor importancia que el superior esté al corriente de todo suceso importante relacionado con el enemigo y de cualquier operación verificada por éste ó las tropas propias.

Como la partida por su especial situación ha de poder adquirir noticias y datos de sumo interés para el comandante en jefe de las tropas nacionales más próximas, para cualquier fuerza amiga y para el país en general, resulta la conveniencia de hacer llegar en ocasiones á su conocimiento cuantos informes y nuevas se pro-

cure referentes á movimientos de fuerzas enemigas, situación, número y clase de las mismas, sus propósitos, espíritu que las anima y otros extremos de importancia en muchos casos, cuyos datos, unidos á los del espíritu que anima á la comarca y estado de la partida, dan al que se dirigen algunas notables ideas de la marcha general de la campaña.

También el mismo jefe de fracción á quien se comisiona para alguna operación especial tendrá á veces precisión de poner á su jefe al corriente de algún suceso para que éste sepa á qué atenerse.

Los partes responden á esta necesidad.

Cuanto se ha prevenido respecto á claridad y concisión al tratar de las órdenes, es aplicable á los partes, en mayor escala si cabe.

En ellos deben señalarse dos puntos principales:

Lugar y momento de su expedición, y contenido

Un parte sin la anotación de la primera de estas circunstancias, no tiene generalmente valor alguno ni suele ser utilizable.

En el texto no debe haber exageración alguna, expresándose en él con claridad lo rigurosamente cierto, lo probable y lo supuesto, lo que el que lo redacta ha visto, lo que sabe por referencia más ó menos fidedigna y lo que presume.

Para la conducción de los partes se hará siempre uso de los espías: La partida lo entrega al más próximo ó más idóneo y éste lo lleva di-

rectamente á su destino ó lo entrega á la persona que se le designe para su curso.

El peligro de que pueda caer en manos del enemigo en ocasiones comprometidas, se evita unas veces enterando al portador de su contenido, quien hará desaparecer el parte si es necesario; otras veces puede éste afectar la forma de una simple carta recibida hace tiempo y consignada á nombre de cualquiera, en la que solo ciertas palabras tienen valor, procedimiento criptográfico y ardid sencillísimo y muy difícil ó imposible de sospechar.

Dichas palabras, ya anotadas por las personas á quienes el parte suele ir dirigido, se van subrayando en él, y luego se leen prescindiendo de las demás. Unos cuantos verbos y algunos nombres de los más generalmente usados, y que hasta pueden aprenderse de memoria, bastarán para descifrarlos.

Empleando tal procedimiento, con las palabras

Saldrán	Procedente	Heridos
Han salido	Hacia	Tren
Necesito	Un n.º cualquiera	Tiros
Tengo	Una medida de tiempo	Comida
Urge	Un pueblo	Ropa diversa
Cortada	Hombres	Precios
Cogido	Caballos	Línea.
Volado	Piezas	Enemigo
Hoy	Muertos	Escopeta,

podrán remitirse ó llevarse, sin temor á hacerlas sospechosas, cartas como la siguiente:

Ezcorri, 17 Diciembre 1900.

*Querido ermano: ya veras como an salido oy mal nuestros deseos ácia lo que te dije delo de **Miranda** y todos los procedentes y no me moveré ni para ir a **Alsasua**. Sabrás como de los **4000** riales no podremos cobrar por aora ni los reditos pues hay ombres que buscan la menor dis culpa por no pagar nunca he estado en su casa alas **12** y me ha dicho que ninguna delas piezas le produce nada en la gerra.*

*Estoy bolado desde que supe lo es puesto ques biajar en tren asi es que no pienso ni ir á **Otzaurte** de la gerra por aquí solo te puedo decir que aora anda por aquí tranquila y que son bandoleros con los que acabara el Jeneral **Mercier** pero todo esta parado **10** riales los ganan pocos ombres y todos los negocios muertos.*

Tengo una cortada en un dedo y no puedo poner una línea mas aver si escribes en estos ocho días y me mandas algo.

Yo bueno, recuerdos á la familia y te quiere mucho tu ermano,

SANTIAGO.

en la que subrayando las palabras que de la lista tiene, leeremos el siguiente parte:

Ezcorri, 17 Diciembre 1900.

*Han salido hoy hácia Miranda procedentes **Alsasua** 4.0000 hombres 12 piezas.—Volado tren **Otzaurte Mercier** 10 hombres muertos.—Cortada línea ocho días.—SANTIAGO.*

La hora de expedición cuando sea necesaria, irá disimulado al dorso ó mejor aún en una posdata.

Los diversos asuntos, se señalan por párrafos del escrito, particularidad muy corriente, en cartas mal redactadas.

Proclamas.—El objeto principal de las proclamas, en esta clase de guerra más que en otra, es favorecer la causa propia, publicando a los cuatro vientos la justificación de una defensa a todo trance, contra una invasión injusta.

Una partida está irremisiblemente perdida sin el apoyo, siquiera sea moral, de la comarca en que opera, apoyo que seguramente le faltaría desde el momento en que el espíritu de independencia dejase de sentirse entre sus habitantes.

A sostener y levantar este sentimiento, borrando las malas impresiones producidas por descabros exagerados ó por miras interesadas ó egoistas; á fomentar el descontento, incitando á sacudir el yugo extranjero, tenderán generalmente las proclamas que el jefe de la partida ha de redactar y suscribir cuando las estime necesarias.

En ocasiones excepcionales, pudieran también tener por objeto expreso, infundir un saludable temor en aquellos habitantes que, ignorantes ó mal aconsejados, pudieran favorecer al enemigo, atendiendo exclusivamente á su interés particular.

No deben prodigarse las proclamas, reserván-

dolas únicamente para los casos de absoluta necesidad, en que la moral del país vacile, bien por desastres continuos ó por pertinaz é insoportable miseria.

Dirigidas á campesinos y lugareños, su redacción, ha de ser sencillísima en conceptos, y al alcance de todas las inteligencias, brillando siempre en ellas la nobleza de sentimientos y el amor al pueblo, en cuyo nombre y por cuya libertad se lucha.

Su distribución oportuna, se hará rápidamente, entregando tres ó cuatro ejemplares á los espías, quienes llegando á los poblados, gestionarán la saca de copias manuscritas ó impresas, siendo esta última forma preferible, por el carácter de autoridad que reviste ante gente poco ilustrada, para quien además es todo lo impreso un artículo de fé. Por otra parte, el venir así, revela amparo y ayuda de personas comprometidas, circunstancia que no escapa al que las lee.

Impresas ó sacadas las copias, los mismos espías las correrán por la comarca con el mayor secreto, abandonando sin ser vistos algunos ejemplares en las calles y plazas de los pueblos y clavando otros en arboles ó postes próximos á caminos y encrucijadas de frecuente tránsito.

Prisioneros.—El que la guerra, bajo el punto de vista militar, tenga por objeto la destrucción del adversario, no quiere decir que se aniquile á éste, llevando el esterminio y la matanza á un extremo innecesario; antes, por el contrario, las

leyes de la guerra y de la humanidad, exigen que se evite en lo posible el inútil derramamiento de sangre.

La guerra sin cuartel es un extravío de la razón y del sentimiento; una aberración de los sentidos, hija del encono y de la barbarie, y jamás debe hacerse. Si el contrario se extralimita y procede cobarde é inhumanamente, tanto peor para él, porque su causa será la de la infamia y el salvajismo, y su lema matar por placer. Lejos de seguir su ejemplo, ha de perjudicársele más, oponiendo á su fiera conducta, los bellos sentimientos humanitarios y el noble proceder de sus odiados enemigos, que así han de evidenciarle ante todo país verdaderamente civilizado.

Cuando el contrario se rinde, aún siendo á discreción, no es permitido acabar con él ni maltratarle siquiera. Con las consideraciones que la desgracia y el infortunio del vencido merece, queda entonces prisionero de guerra.

La condición de tales, exige que se les recoja toda clase de armas y equipos de guerra, pero nó que se les despoje de prendas de vestir ó valores que tengan en su poder. Unicamente, cuando estos sean del Estado, podrán recojérseles, dándoles un resguardo que acredite su decomiso.

No deben exigírseles otras noticias ó informes sobre el enemigo, que aquellas que voluntariamente dén, sin que esto quiera decir que nada se les pregunte que al mismo haga referencia.

La terminante negativa á contestar sobre un

extremo, ó las evasivas que sobre éste dé el prisionero, lejos de excitar contra él la animosidad y el mal humor, deben garantizarle de nuevas preguntas, pues el que por patriotismo se resiste, merece siempre más consideración que el que por temor vende á sus camaradas.

La necesidad obligará en alguna ocasión excepcional, á tenerlos encerrados en algún edificio aislado, pero nunca ha de tenérseles atados ni asegurados con grillos ni cepos.

A los individuos de tropa, se les facilitará ración ordinaria, cuidándose á los enfermos y heridos cual si fueran propios.

En cuanto á los oficiales, ha de distinguírseles no mezclándolos con sus soldados, y guardando con ellos, mientras permanezcan en poder de la partida, todas las atenciones que su categoría merezca.

La frecuencia con que una partida levanta el campo, sus rápidas marchas y continuas operaciones, su independencia y difícil comunicación con las demás tropas, y hasta sus medios de subsistencia, dificultarán en gran manera la conservación de sus prisioneros, por cuya razón el jefe, de no hallar oportuna ocasión de entregarlos á otras tropas, ha de disponer de ellos en absoluto, pudiendo cangearlos ó devolverlos al enemigo.

El cange ha de verificarse por convenio mutuo entre el jefe más caracterizado y próximo del enemigo, debidamente autorizado, y el de la partida, presidiendo generalmente el principio

de igualdad de empleos y sin hacer distinción entre las diferentes tropas regulares ni aún entre éstas y los paisanos levantados en armas, siempre que estos últimos no hayan practicado el bandidaje.

Como única excepción en favor de la partida ha de procurarse rescatar en primer lugar los prisioneros que haya podido hacerla el enemigo.

En los canges deberá el jefe de la partida estipular la condición de si han de ser ó nó con armas y municiones, como así mismo la forma de llevarlos á cabo.

Toda tropa prisionera á quien la partida dé libertad, llevará un salvo-conducto que explique su situación, un guía y, si es necesario, una escolta que la proteja.

De estos prisioneros puede el jefe aprovecharse para transportar algún enfermo ó herido que entre los mismos tenga. También por conducto de ellos dirigirá al enemigo cuantas comunicaciones convenga hacer llegar á sus manos, como igualmente aquellos objetos y valores de propiedad particular recogidos á los muertos de que se haya apoderado la partida, acompañando á los mismos notas ó inventarios de lo perteneciente á cada uno, sirviendo como medio para identificarlos, si no tienen tarjetas ó medallas, los números y marcas estampadas en sus prendas ó armamento.

FIN.

ÍNDICE



Página.

Introducción.	5
Capítulo I.—Misión y conveniencia de las partidas.	
Objeto político de la guerra de partidas y ventajas de ésta.	8
Misión de las partidas.	10
Necesidad de que operen con entera independencia.	11
Circunstancias que favorecen las operaciones.	12
Necesidad de reglas que sirvan de base para su mejor acierto.	13
Conocimientos indispensables al jefe de partida.	14
Carácter del mismo y conducta que debe observar.	15
Zonas en que debe operar.	16
Capítulo II.—Organización de las partidas.	
Conveniencia de su organización permanente.	18
Su instrucción en tiempo de paz.	19
Número de guerrillas y lugares en que pudieran establecerse.	21
Reclutamiento.	23
Clase de soldados y fuerzas que deben componerlas.	23

	Página.
Número de plazas.	25
Armamento, equipo y vestuario.	25
Efectos y útiles que debe llevar la par- tida.. . . .	26
Municionamiento.	27
Racionamiento y alimentación.	28
Servicio sanitario.. . . .	29
Capítulo III.—Marchas y estacionamientos.	
Marchas.. . . .	31
Diferentes clases de marchas.. . . .	32
Circunstancias que las favorecen.	34
Servicio de seguridad durante las mis- mas.	34
Paso de ríos y barrancos.	37
Servicio de exploración y reconoci- miento.. . . .	41
Vivaqueo.	42
Servicio de seguridad en vivaces y can- tones.	43
Capítulo IV.—Posiciones.—Elección de posiciones y condiciones generales que estas deben llenar.	
Medios de aumentar su valor.. . . .	46
Servicio de seguridad.	47
Capítulo V.—Combate.—Clase de com- bate.. . . .	
Reglas generales de combate.. . . .	49
Capítulo VI.—Defensiva —Combate de lo- calidades.	
A.—Alturas; sus ventajas.	55

Estudio de estas posiciones y su organización defensiva.	56
Combate.	59
<i>B.</i> —Desfiladeros: diferentes lugares de su defensa.	63
Desfiladeros largos (Bosques y montañas).	65
Desfiladeros cortos (Puentes y vados)..	67
<i>C.</i> —Bosques: Su estudio como posiciones de combate.	71
Organización defensiva de los bosques..	73
Combate.. . . .	76
<i>D.</i> —Ríos: Su aprovechamiento como defensa accesoria.	78
Capítulo VII.—Ofensiva. — <i>A.</i> —Emboscadas.	80
Emboscada ordinaria ó de espera. . .	81
<i>a.</i> —Ataque á un convoy.	83
<i>b.</i> —Ataque á las fuerzas del forraje. .	86
<i>c.</i> —Ataque á los trenes en circulación..	89
<i>d.</i> —Ataque á las fuerzas de vigilancia y protección de las vías férreas. . .	97
Emboscada de cebo.	99
<i>B.</i> —Sorpresas.. . . .	102
<i>C.</i> —Alarmas.	106
Capítulo VIII.—Destrucción de vías de comunicación. —Importancia de estas operaciones y facilidad de su ejecución. .	110
Procedimientos empleados en la destrucción.	111

A.—Destrucción de caminos ordinarios.	114
B.—Idem de puentes y viaductos.	116
C.—Idem de túneles.	122
D.—Idem de vados.	124
E.—Idem de líneas férreas.	126
F.—Idem de telegráficas.	128
Capítulo IX.—Torpedos y fogatas.—Torpedos terrestres.	130
Fogatas.	136
Capítulo X.—Servicios complementarios.—	
Espionaje.	140
Ordenes é instrucciones.	143
Partes.	144
Proclamas.	148
Prisioneros.	149





11.11.11

MEMORANDUM DE LOS

DOCUMENTOS RETIRADOS DE ESTA CARPETA

N. B.—Es útil no encerrarse en un sistema. No es necesario inscribir las cartas una a una, y si la correspondencia es poco

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000356954

Per
Cu

Or
ma
ntida

R

9428